

Corrín^{se} Teñido

Así no me compras



Si él seguía tratando a aquella chica, seguro que le daría disgustos.

Mejor vivir como vivía.

Nunca se había enamorado y prefería no hacerlo.

No tenía nada contra el matrimonio, es más, pensaba que un día que pudiera estabilizar su vida se casaría porque a él le gustaba mucho el hogar. Pero no estaba ni con mucho estabilizado, y sus ingresos eran como para echarse a reír.

—Podemos ir al cine —decía ella en voz baja.

Bueno, en cierto modo era como una tentación.

—Si quieres —añadía ella viéndole titubear— te doy mi número de teléfono y me llamas.

—Dámelo si quieres —dijo Gaby por ser galante, pero pensando que no iba a usarlo nunca.

OceanofPDF.com



Corín Tellado

Así no me compras

ePub r1.0

Titivillus 15.01.2021

OceanofPDF.com

Título original: *Así no me compras*
Corín Tellado, 1980

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Índice de contenido

Cubierta

Así no me compras

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Sobre la autora

Para llegar hasta mí, la Fortuna tiene que pasar por las condiciones que mi carácter le imponga.

A. R. N. CHAMFORT

OceanofPDF.com

CAPÍTULO PRIMERO

Gabriel Torres circulaba por la autopista por el carril de la derecha. No tenía demasiada prisa y, por otra parte, a él no le agradaba correr porque tenía demasiada experiencia en la carretera y conocía las consecuencias del apresuramiento indebido.

Habían pasado la semana trabajando por toda la provincia, y si bien no se sentía demasiado satisfecho de los resultados, tampoco defraudado. Ya sabía que aquel trabajo no era el suyo, pero como dice el refrán «a falta de pan, buenas son tortas».

La inflación en el país crecía por momentos, el desempleo abundaba y el hecho de que él fuera perito industrial no significaba que tuviera un empleo a su medida y aptitudes. Pero tampoco por ello había que rasgarse las vestiduras.

El caso era sobrevivir aquella época, lograr superar el trauma que significa no utilizar debidamente su profesión, y en cierto modo sentirse, en lo que cabe, satisfecho de la vida.

No es que él fuese un tipo tremendamente alegre, ni un ente tétrico. Usaba un término medio y su carácter era más bien conformista, ni demasiado eufórico por nada, ni demasiado resentido por lograr en la vida la mitad de la mitad de lo que en principio había ambicionado.

Contaba veintiséis años y hacía por lo menos tres que andaba viajando por toda la provincia con una representación de, maquinaria agrícola. No era lo suyo, de acuerdo, pero se conformaba y mal que bien iba ganando para no ser una carga para sus padres.

Su padre, Julián, era un empleado de Correos y su sueldo tiraba más bien a pequeño, pero si toda su vida trabajó allí, no tenía por qué hacer además pluriempleo, dado que con su pequeño sueldo había logrado que él

hiciera un peritaje. Su madre, Pilar, hacía labores primorosas. Nadie como ella para sacar de sus manos verdaderas monerías infantiles que luego vendía a una casa de ropa para niños de extremado lujo. Con el sueldo de su padre y las labores de su madre habían conseguido que su hijo hiciera una carrera media y, además, cuando él se colocó en aquel asunto de las representaciones no quisieron coger un céntimo, lo cual él aprovechaba para en sus ratos libres continuar estudiando e iba camino de conseguir ser ingeniero industrial. Eso sí, poco a poco, y de dos en dos asignaturas.

Pero eso no era el caso.

Gaby —sus amigos le llamaban así— conducía tranquilamente su coche ya no demasiado nuevo y comprado de segunda mano. Era de color azul oscuro, más bien pequeño, pero él lo cuidaba mucho y al volante del mismo hacía sus buenos kilómetros diarios, pero la compañía para la cual trabajaba le abonaba la mitad del gasto de la gasolina, lo cual redundaba en beneficio propio y así su sueldo, si no libre, casi le salía como tal.

No es que vendiera poco, pero costaba lo suyo acreditar la maquinaria agrícola y las más de las veces andaba por pueblos y villas más bien pequeñas.

Se pasaba semanas enteras fuera y también le abonaban las dietas cuando la venta llegaba a las cotas estipuladas, lo que hacía que su sueldo resultara más bien aceptable. No para hacer dispendios, pero sí para mantenerse y lograr comprar un traje una vez al año por lo menos.

En aquel instante conducía serenamente y pensaba que un día, sabe Dios qué día podría vender el auto viejo, comprar uno nuevo subvencionado y pagarlo en letras. Pero para eso tendría que pasar aún algún tiempo.

La autopista tenía cuatro carriles, de modo que por medio de cada dos había una especie de jardincillo y él rodaba por el de la derecha sin ningún deseo de parar a los que se deslizaban por la parte izquierda cruzando a todo el que rodaba tranquilamente.

Fue a mitad de la pista cuando no le faltaban para llegar más de quince kilómetros, que vio un auto detenido en el arcén y a una joven haciendo señas con las manos.

Gaby aún venía un poco lejos y veía distraído como los autos seguían su marcha sin reparar en la chica. Lanzó una breve mirada sobre el auto aparcado en el arcén. Un soberbio auto deportiva de color azul pastel, de importación sin duda, americano cien por cien y de línea aerodinámica. Un vehículo de categoría, vaya.

La chica no cesaba de mover los brazos como pidiendo que algún automovilista le prestara auxilio.

Pero como si nada. Cada uno iba a lo suyo y según pensaba Gaby, dada la situación, todo el mundo andaba un poco deshumanizado.

De repente se encontró dando el intermitente y acercándose al arcén saliendo de su carril. Detuvo el auto detrás del de la joven y asomó la cabeza por la ventanilla.

Era un tipo moreno, de pelo negro y ojos marrón. No es que fuese un tipo apolíneo, pues ni siquiera era muy alto, ya que tenía una estatura normal, pero resultaba muy varonil y atractivo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó sin descender.

La chica corrió hacia él toda aturdida.

—He tratado —dijo con voz afligida— detener a más de doscientos autos en media hora y nadie para.

Él se alzó de hombros aún sin descender.

—Cada uno va a lo suyo y además casi todos tienen prisa. Yo seguramente tengo menos.

—El auto no camina. No sé qué le pasa. Se fue parando poco a poco y al fin se ha detenido, todo lo más que pude hacer fue meterlo en el arcén.

Gaby decidió descender y ver por sí mismo si podía arreglar la avería.

—Me llamo Nona Sanjulián —dijo ella aturdida.

—Mucho gusto —respondió Gaby—. Yo me llamo Gabriel Torres.

—Encantada y muy agradecida por su ayuda.

* * *

Gabriel se alzó de hombros y se acercó a la monería mecánica que era el auto de importación, color azul pastel.

Levantó el capot y se topó con un mecanismo que jamás había visto. No creía que pudiera hacer gran cosa. Él sabía lo suyo de mecánica, pero con respecto a vehículos nacionales. Aquel era americano y su motor resultaba inédito para sus conocimientos.

No obstante decidió arremangar las mangas de su suéter azul marino y manipular en las cosas más esenciales, como son los platinos, las bujías y el carburador.

Se estaba poniendo las manos perdidas, pero puesto ya a ayudarlo, lo mejor era hacerlo a conciencia y como supiera.

Vestía un pantalón *beige*, una camisa azulina y un suéter de cuello en pico de un azul oscuro. No llevaba corbata. Calzaba zapatos marrón y calcetines del mismo tono. Casi metió la cabeza bajo el capot y empezó a manipular aquí y allí. No parecía que fuera nada elemental. Sin duda fallaba algo, pero no iba a ser fácil que él lo descubriera.

La chica se hallaba junto a él espiando todos sus movimientos. Era una joven esbelta, rubia, de ojos azules. Vestía pantalones blancos más bien estrechos y una camisola muy moderna de un rojo vivo, atada con un cinturón y que le llegaba por la rodilla.

Calzaba sandalias y Gabriel mientras manipulaba en el motor, miraba distraído sus pequeños pies perdidos en las sandalias de tacón, por donde asomaban los dedos de pintadas uñas de un rosa pálido.

Bonita chica. Le calculó los años y pensó que no sobrepasaría demasiado los dieciocho, lo cual significaba que el carnet de conducir era nuevecito, de la última hornada.

Se incorporó y lanzó una mirada sobre la joven expectante.

—Supongo que usted no sabrá nada de mecánica —dijo.

Ella sacudió su vaporosa melena rubia.

Despidió un sutil perfume que agradó a Gabriel y le hizo pensar: «Una niña rica, sin duda».

—Nada en absoluto.

—Y el carnet de conducir será nuevecito, ¿verdad?

Ella se agitó algo ruborizada:

—Pues sí. Tiene dos meses escasos. Tan pronto cumplí los dieciocho lo saqué, pero sé conducir auto desde muy niña.

—Una cosa es conducir por casa y otra un auto de estos en una autopista, ¿no crees?

La tuteó porque le pareció una cría.

Para sus años pensaba que lo era.

La vio animarse y decir bajo:

—Me parece que no lo puedes arreglar.

Él meneó la cabeza:

—Sí, me parece que no puedo —lanzó una mirada en torno—. No hay que esperar que ningún automovilista se detenga, ni tampoco que, aun deteniéndose, sepan arreglar autos. Estos mecanismos son muy buenos pero escapan a mi entendimiento —se alzó de hombros—. Yo conozco los motores nacionales...

—¿Qué puedo hacer?

Gabriel lanzó otra mirada, esta vez al firmamento.

—Detenida aquí, corres peligro. La carretera no es ningún lugar seguro para una joven como tú. Si quieres un consejo, será mejor que dejes el auto aquí y mandes un taller a recogerlo. Ciérralo todo, ponle él antirrobo si lo tienes y yo puedo llevarte a casa.

Y aun añadió sin que ella dijera nada:

—En lo sucesivo no te metas en autopistas así como así. ¿Vienes de lejos?

—No, no. De la capital próxima. He ido a hacer unas compras.

—La noche caerá en seguida, de modo que si aceptas mi compañía yo te llevo a la ciudad.

Nona pensó que tenía cara de buena persona.

Había pocos tipos decentes de verdad, pero aquel parecía ser uno de ellos. Ni siquiera al mirarla parecía reparar mucho en ella.

Así que abrió la portezuela, sacó unos paquetes y el bolso y dijo que bueno, que sí. Que ya mandaría a por el auto.

Gabriel le ayudó a subir y después cerró la portezuela, dando luego la vuelta al vehículo y sentándose ante el volante.

—Desde luego —dijo riendo a medias— este no es tu bólido.

—Pero, por lo que veo, camina mejor que el mío.

—Lo tengo bien educado.

Y con las mismas dio al intermitente y el auto, en un claro de tantos vehículos como descendían por los dos carriles, se metió en la autopista y rodó tranquilamente.

—Debiera estar en la ciudad hace más de una hora —decía ella—. Pero nadie paraba y yo salía a la orilla pidiendo ayuda.

—La existencia hoy es egoísta. Cada uno va a lo suyo, y lo peor es que casi todos tienen demasiada prisa.

—Pero tú has parado.

Sin dejar de conducir él la miró un segundo.

—Sería que tenía menos.

—¿Recorres mucho esta autopista?

—Pues sí. Casi todos los días. Por ella se va a toda la provincia y por un lado o por el otro, la ruedo todos los días. En cambio se me antoja que tú lo haces pocas veces.

—Alguna sí, pero nunca me ocurrió lo de hoy. El auto es nuevo y está en rodaje.

—Ya lo vi. No tiene ni cinco mil kilómetros. ¿Dónde lo has adquirido? Parece nuevo.

—Y lo es.

—Ya me lo has dicho, pero a veces parecen nuevos y resulta que esos vehículos se compran de segunda mano.

—No, no, el mío fue adquirido en Madrid y venido de fábrica.

—Pero es marca extranjera.

—Por supuesto.

Gaby lanzó sobre ella una mirada curiosa.

—¿Estudias? —preguntó.

—No —dijo Nona—. Lo hice hasta los diecisiete. Terminé el bachillerato y luego pensé que no me merecía la pena continuar. La verdad es que no me gusta demasiado estudiar. —Y de repente preguntó—: ¿Tú, a qué te dedicas?

—Soy representante de maquinaria agrícola y por eso viajo lo mío. Siempre ando tirado por las carreteras y a veces solo regreso a casa en los fines de semana como hoy.

Ella parpadeó antes de preguntar:

—¿Eres casado?

Gaby soltó la risa.

Como para casarse estaba él.

¿Con qué iba a mantener a la familia?

Él no pensaba en una vida mediocre, tan trabajada como la de sus padres. Y para vivir mal, prefería vivir solo, sin esposa y sin hijos. En realidad tales cosas eran bonitas, pero demasiado complicadas y además conflictivas dada la situación actual.

Meneó la cabeza.

—Soy soltero y sin compromiso —dijo.

Y sacando la cajetilla le ofreció a ella.

—Fumo rubio —dijo Nona sacando la suya a su vez.

OceanofPDF.com

II

Tenía una voz armoniosa y dulce, muy femenina. Olía muy bien y según pensaba Gabriel, tenía todo el aspecto de una chica rica.

—Yo tampoco tengo novio —dijo ella fumando con deleite y acomodándose mejor en el asiento—. Tengo muchos amigos y eso que se dice pretendientes, pero yo creo en el amor, ¿sabes? ¿Tú no crees?

Gabriel se echó a reír.

—Claro que creo. Supongo que será un sentimiento tan fuerte que te induce al matrimonio. Por eso yo prefiero no sentirlo.

—¿Estás en contra del matrimonio?

—No, no. ¿Por qué iba a estarlo? Mis padres llevan casados muchos años y son enormemente felices. Nunca les oí disputar. Si acaso lo más que hacen es dialogar y siempre llegan a un entendimiento. Yo a eso le llamo felicidad.

—Y teniendo el ejemplo en casa, tú, sin embargo, no estás por casarte.

La miró brevemente poniéndose serio.

—Si un día lo hago prefiero mantener decentemente a una mujer, y de momento no gano para tanto. Puedo salir una semana a vender y vendo para vivir el resto del mes. Pero a veces me paso meses sin vender nada. Son maquinarias caras y no salen como el vino o el pan. Me entiendes, ¿no?

No demasiado.

Pero, sí sabía una cosa. Que era un chico sumamente agradable y educado y ni por un momento fijó en ella una mirada equívoca.

Era demasiado aventurado subir al auto de un desconocido, su padre bien advertido se lo tenía, pero aquel chico, que seguramente ya no cumpliría los veinticinco años, resultaba de lo más correcto.

—¿Hace mucho que te dedicas a vender maquinaria agrícola? —preguntó amable.

Gaby se alzó de hombros.

—Desde que terminé el peritaje.

—Y siendo perito, ¿cómo es que te dedicas a viajante?

—Pues muy fácil, Nona. Muy fácil. No encontré otra cosa. Mi padre es empleado de correos y yo pude hacer oposiciones al mismo cuerpo, pero no me dio la gana. No sirvo para hombre de oficina. O tengo acción o soy capaz de trabajar de peón. Al menos podré moverme.

—¿Y no has procurado buscar un empleo acomodado a tus aptitudes?

—Claro. Pero ¿dónde anda ese buen señor? El trabajo no abunda y si vas por la oficina de colocación, te quedas tiesa de asombro, de las colas que hay.

—Ah.

—Por esa razón yo acepté lo que me daban y lo curioso es que lo encontré por el anuncio de un periódico. Llevo tres años en esto esperando siempre tiempos mejores, pero esos tiempos no llegan y ya me voy habituando a rodar por carreteras y hacer kilómetros.

—Pero según tú, no puedes casarte.

—Bueno, pues no. Yo mantengo honestamente a una mujer o no me caso. Eso de contigo pan y cebolla es un cuento novelesco. Si las cosas andan abundantes en el hogar, los ánimos son más alegres. Si las cosas andan mal económicamente, hasta el amor se quema.

—¿No eres demasiado realista?

—¿Y de qué me sirve ser sentimental o fantasioso?

—Yo tengo una idea distinta del amor.

—¿Sí? ¿Cómo es esa idea?

Nona no respondió en seguida.

Había terminado de fumar y miraba al frente.

No se veían más que puntos luminosos amarillentos viniendo y puntos rojos delante de ellos yendo hacia su destino.

Se había hecho noche cerrada.

—Yo creo que ese sentimiento amoroso está por encima de cualquier necesidad.

—Eres muy joven y no tienes idea de nada. Sobre todo de lo que es el matrimonio sin dinero.

—Bueno —sonrió ella algo confusa—, tampoco tengo demasiada idea de lo que es el amor. Nunca me enamoré de verdad. Liges, amigos, unos que te agradan más que otros, cosas así, pero amor, novio, prometido, de eso nada.

—¿Has estudiado aquí?

—No, no. Interna en un colegio extranjero.

—Ya.

Y guardó silencio.

El auto iba acercándose más a la ciudad.

Casi se veían ya como si se pudiera pillar con la mano.

—Será mejor —dijo él cambiando de conversación— que mañana mandes a buscar tu auto.

—Tal vez lo haga hoy mismo. No me fío demasiado del antirrobo e igual se lo llevan:

—El mejor antirrobo es esta gruesa cadena que llevo yo a mis pies —rio él—. Es difícil que quien venga a robar se preocupe de romperla, mientras hay otros autos libres por ahí. Los ladrones de coches que tanto abundan, prefieren lo fácil.

—Tú no tienes antirrobo invisible.

—Claro que no. Para los ladrones de autos no hay antirrobo invisibles. Saben muy bien dónde están situados.

—Más a mi favor para enviar hoy a por mi auto.

—Tal vez hagas bien. —Y sin transición—: ¿Dónde te dejo?

—¿Dónde vives tú?

—Yo en una calle bastante céntrica, pero transversal.

—¿No me das tu tarjeta para poder algún día agradecerte lo que has hecho por mí? La miró asombrado.

—Si no hice más que cumplir con mi deber.

—Otros antes que tú pudieron hacerlo, y continuaron su ruta sin fijarse en mí.

—Cada uno paga por lo suyo.

—Por eso yo quiero demostrarte de algún modo mi agradecimiento.

—No, no aceptaría nada. Pero si quieres saber donde puedes tener un amigo, si quieres amistad, coge la tarjeta que está ahí en la guantera.

Nona abrió aquella y se hizo con una tarjeta.

—«Gabriel Torres, representante, calle tal y cual...» —leyó.

Gaby no dijo nada.

—Si quieres me dejas en la primera parada de taxis —dijo ella al rato—. Es suficiente.

—No me cuesta nada llevarte a casa.

—Es que prefiero pasar por la oficina de papá. Seguro que me espera allí porque quedó en esperarme.

—Como gustes.

Nona dudó un rato para decir después:

—¿Podemos vernos otro día?

—Pues... —la miró breve— ¿para qué?

—Me gusta tener un buen amigo.

—Igual no te resulto tan bueno como supones. El hecho de haberte traído hasta aquí no quiere decir que yo sea perfecto.

—Es que no busco tu perfección, sino tu amistad. Me pareces una buena persona.

Gaby rio mostrando dos hileras de perfectos dientes.

—No me considero malo, desde luego. Pero de perfecto nada.

—De todos modos me gustaría volverte a ver —lanzó una mirada a la tarjeta—. Tienes teléfono.

—Ya lo ves.

* * *

Y los dos se quedaron callados, como algo absortos.

Las luces de la ciudad ya se divisaban cerquísima.

La velocidad de los vehículos disminuía porque al entrar en la ciudad, no se podía correr como en una autopista.

—Mañana es sábado —decía Nona de súbito—. Podíamos vernos si tú no tienes compromiso.

Gaby no tenía más que el de sus amigos.

Solía ir con ellos a comer por la noche y luego se iba, también con ellos, a una discoteca y solía hacer el amor con alguna chica que se prestara a ello.

Lanzó una breve mirada sobre Nona.

Seguro que aquella chica no era fácil.

Pero aunque lo fuera, tampoco él tenía ganas de complicarse la vida.

Prefería andar con sus amigos, buscar amiguitas de las que no te ligaban a nada y vivir un poco a lo loco.

Solía regresar al amanecer de los sábados y después, el domingo, dormía toda la mañana y a la tarde se iba al fútbol si el equipo local jugaba en casa, y si no era así, daba un paseo por las cafeterías y a la noche solía regresar tarde.

También le agradaba hacer la tertulia de las noches de los domingos con sus padres. Eran dos excelentes personas y él sabía lo mucho que les debía, porque en vez de ponerlo a trabajar desde jovenzuelo, le ayudaron a sacar una carrera media adelante.

Por eso él tenía tanto empeño en estudiar una superior e iba camino de lograrlo. Claro que no creía que el ser ingeniero industrial le reportara más beneficios que los actuales, pues tenía amigos ingenieros de minas, licenciados o abogados que se ganaban la vida dando clases particulares.

—Verás —intentó disculparse—, como resulta que no tengo más que dos días libres a la semana, suelo tenerlos siempre comprometidos.

—¿No decías que no tenías novia?

Volvió a mirarla con expresión sonriente y afable.

—No hace falta tener novia para tener compromisos. Tengo amigos.

—Yo también los tengo, y amigas, pero prefiero mañana salir contigo.

Gaby no tenía ningún interés.

La chica era mona y simpática.

Muy joven.

Un verdadero bombón, pero eso no quería decir que él fuera a perder la cabeza.

Era un tipo bastante sereno y maldito si le gustaba aventuras comprometidas. Él prefería las otras.

Las que no dejan huella, las que no te obligan a nada. Y además, tenía la mundología suficiente para saber que la amistad con una chica determinada, a la larga o te enamoras de ella o te da disgustos.

Si él seguía tratando a aquella chica, seguro que le daría disgustos.

Mejor vivir como vivía.

Nunca se había enamorado y prefería no hacerlo.

No tenía nada contra el matrimonio, es más, pensaba que un día que pudiera estabilizar su vida se casaría porque a él le gustaba mucho el hogar. Pero no estaba ni con mucho estabilizado, y sus ingresos eran como para echarse a reír.

—Podemos ir al cine —decía ella en voz baja.

Bueno, en cierto modo era como una tentación.

—Si quieres —añadía ella viéndole titubear— te doy mi número de teléfono y me llamas.

—Dámelo si quieres —dijo Gaby por ser galante, pero pensando que no iba a usarlo nunca.

Ella abrió, el bolso, sacó una tarjeta y la metió en la guantera.

—Te la dejo con las tuyas. Recuerda que me llamo Nona.

—¿Y qué nombre es ese?

—Me empezaron a llamar así de niña y para todo el mundo soy Nona. Mi nombre nada tiene que ver con el apelativo. Me llamo Sandra.

—Pues a mí me gusta más tu verdadero nombre.

—Eso dice papá. Pero como todos me llaman Nona, yo ya no me acuerdo de mi nombre.

El auto ya estaba en la ciudad.

Los autos se amontonaban en las calles.

No había más que luces y chispeos en la noche, mezclados con las luces de las calles.

—Mira, ahí tienes una parada de taxis.

—¿De veras quieres que te deje aquí?

—Es lo mejor.

Gaby detuvo el auto a la altura de una parada y se volvió para mirarla. Ella le sonreía mostrando las dos hileras de blancos y perfectos dientes: Era muy linda y, sobre todo, muy femenina. Frágil y preciosa.

—¿Me llamarás? —preguntó ella.

—Bueno, quizá.

—Lláname. A las once es buena hora.

—De acuerdo.

—Gracias por todo, Gabriel.

—Ah, es verdad. A ti te llaman Nona, pues a mí Gaby.

—Pues muchas gracias por tu ayuda, Gaby. No sabes cuánto celebro haberte conocido.

—Igual digo.

OceanofPDF.com

III

Le gustaba llegar a casa de sus padres, por la armonía que se vivía en aquel hogar.

Casi siempre los hallaba amigablemente en la salita. Ella haciendo punto, su padre contándole cosas de cómo se había desarrollado la jornada.

Por eso él era casero.

La casa en sí no era flamante, pero tenía muebles buenos y estaba puesta con gusto y todo relucía porque su madre se preocupaba mucho de hacer la vida feliz a su esposo y a su hijo. Cuando le veían llegar, los dos le recibían alborozados.

Si algo estimaba Gaby en este mundo era aquella llegada a casa en fines de semana.

Era otoño y aún no apretaba el frío, pero cuando el frío apretaba, en su casa se respiraba un calorcillo reconfortante.

A él no le querían el dinero, pero jamás llegaba a casa sin un regalo para cada uno. Bien tabaco para su padre, bombones para su madre o cualquier otra cosa que él creyera necesaria.

Aquel día llegó y los encontró, como siempre, en la salita.

Al verlo en el umbral portando su pequeño maletín, los dos se levantaron y fueron hacia él besándole ambos.

Buena gente la suya.

Sin pretensiones ni tonterías, pero dentro de un hogar que los dos hacían indispensable en su vida de viajero.

—Te tengo la comida en el horno —le decía la madre quitándole el maletín de la mano—. Seguro que, como siempre, traes toda la ropa sucia.

—Pues claro, mamá.

—La meteré mañana en la lavadora y en la mañana del domingo estará lista de nuevo. ¿Qué tal el viaje?

Gaby se derrumbó en un sofá y suspiró.

El padre se apresuró a ir hacia la puerta que daba acceso a la cocina.

—¿Una cerveza, Gaby?

—Pues sí, papá.

—¿Te ha ido bien esta semana, hijo? —preguntaba la madre.

—No del todo mal.

—Tu padre anda ahora con un amigo para encontrarte empleo en una empresa grande donde puedas prosperar.

—No te preocupes demasiado, mamá —dijo Gaby suspirando—. No creas que es el momento más oportuno. Estoy estudiando y por las noches, cuando regreso a la fonda después de un día de trabajo, me pongo a estudiar. Me examinaré en marzo si hay convocatoria y así, poco a poco, con lo que me convalidan y demás, puedo sacar el título de ingeniero industrial el año que viene.

El padre ya aparecía con la cerveza y un vaso.

—Está fría, Gaby. Te agradará.

—Gracias, papá. Me está diciendo mamá que andas buscando empleo para mí. De momento déjalo así. De todos modos no me va tan mal trabajando en esto y prefiero colocarme de ingeniero que de perito, pues aunque ahora a los peritos se da en llamar ingenieros técnicos, no pasan de ser peritos.

Y tomaba la cerveza a pequeños sorbos.

Miraba en torno satisfecho.

—Da gusto llegar a casa —y riendo algo guasón aunque muy tierno—: ¿Cómo van tus chaquetitas de bebé, mamá?

—Aunque no te lo creas, hice tres esta semana.

—Verdaderamente primorosas —ponderó el padre—. El día que te cases y tengas hijos, no vas a tener que comprar nada. Todo lo hace tu madre.

Gaby rompió a reír.

—Para que eso ocurra tendrá que pasar mucho tiempo, papá.

—Pues te va llegando la hora, hijo. Ya has cumplido los veintiséis.

—No lo dudo, mamá —bebía otro sorbo—, pero la vida no está como para casarse alegremente, sin más. Yo soy de los que piensan mucho, y para evitarme complicaciones lo primero que hago es no echarme novia.

—Si nosotros pensáramos igual nunca nos hubiéramos casado, Gaby.

—No lo dudo, papá. No creas que lo dudo. Pero eran otros tiempos. La vida hoy está insoportable y, además, no creas tú que soy un machista ni un moro, pero andan sueltas demasiadas mujeres fáciles por el mundo y no me gustaría que me metieran gato por liebre.

—Lo mejor de todo —opinó el padre repantigándose en una butaca— es buscar novia en la gente joven. De ese modo tienes la garantía de que no está vapuleada.

Gaby rompió a reír desdeñoso:

—Tú no vives en este mundo, papá. Sigues colgado del otro. No tienes idea de las jovencitas que te encuentras en las discotecas dispuestas a hacer el amor por nada. Y las que se drogan y las que se emborrachan y las que se van contigo un fin de semana, así por las buenas, sin pedirte a cambio más que ese fin de semana de placer sexual.

—¡Dios nos ampare! —exclamó la madre.

El padre dijo alarmado:

—¿Tanto?

—Tanto, papá. Estoy harto de hacer el amor con muchachas de diecisiete años. Es más, creo que son las más asequibles porque como todavía no piensan en el matrimonio, van contigo por el simple placer que sienten. En cambio las mayorcitas se guardan aunque sea pura falsedad. Pero lo que intentan es cazar marido.

—Alguna habrá virgen y buenecita, Gaby —adujo la madre.

Gaby se alzó de hombros.

Alguna. ¿Por qué no? Pero pocas, y él no conocía a ninguna.

La que era demasiado estrecha lo era en extremo y no enamoraba y las otras, lo daban todo por nada. Es decir, sí, por el placer de entregarse y recibir igual entrega.

Él creía tener un alto concepto del amor y del hogar y no le servía nada de lo que conocía para un futuro más o menos próximo.

La madre, cortando aquella conversación, dijo:

—Te traeré aquí la cena.

* * *

La oficina central la tenía en la ciudad, de modo que los sábados por la mañana pasaba por allí, conversaba con sus jefes que eran los concesionarios de lo que él vendía y daba cuenta de lo que había hecho durante la semana.

Ricardo, que era el jefe de aquella oficina, le decía frecuentemente:

—Cuando pase algún tiempo más, procuraré dejarte aquí.

A lo cual respondía Gaby invariablemente:

—Si tuviera dinero sería hombre de negocios, pero rata de oficina no me gusta ser ni con dinero ni sin él.

Aquella mañana Ricardo lo recibió como siempre, como se recibe un amigo. Ricardo no tenía carrera ninguna, ni media ni superior y Gaby sabía que lo pusieron allí a dedo, si bien respondía bien al puesto que le dieron.

—Oye, Gaby —le dijo Ricardo cuando este le explicó lo que había hecho durante la semana y le hubo entregado los albaranes de lo vendido—, me he enterado por casualidad que andas estudiando por libre ingeniero industrial.

—Vaya novedad...

—Pero es verdad.

—Pues sí.

—Lo he comentado con los altos mandos de Madrid y me han dicho que podía ir buscándote un puesto aquí más a tono con tus conocimientos.

Gaby meneó la cabeza.

—Si es para llevar cuentas en la oficina, aunque me paguen más, prefiero seguir en mis rutas por carretera y por donde sea, si un día saco el título de ingeniero, te aseguro que no voy a quedarme a trabajar con vosotros.

—Lo dices con plena seguridad.

—Como lo siento. Estoy cumpliendo una etapa y me agrada aunque gane poco. De momento mis apuros económicos no me apremian porque no tengo que mantener una familia, y esa familia no la voy a tener entretanto

no gane lo suficiente para mantenerla holgadamente. Siendo así, prefiero lo que tengo que me da margen para estudiar. Diles a tus jefes que se lo agradezco, pero que, de momento, prefiero seguir como estoy.

—Aquí —se asombró Ricardo— podías llevar la contabilidad y ganar el doble de lo que sacas vendiendo.

—No lo dudo, pero la rutina acabaría con mi paciencia y mi personalidad, y además me convertiría en un tipo monótono. No, Ricardo. Yo soy hombre de acción y si bien me gustan los negocios, no estoy por la labor de cerrarme en una oficina haciendo números o pulsando una máquina electrónica.

Continuaron discutiendo un rato y como Ricardo no le convencía, le dio los últimos catálogos de aperos nuevos y de marca americana.

Gaby, hojeándolos, comentó:

—Así está España. Ni siquiera estamos capacitados para fabricar nuestra propia maquinaria y después se quejan de que no entran divisas.

—Algún día cambiará todo —dijo Ricardo sin ninguna convicción—. Pero que las patentes sean españolas y la fabricación americana o alemana es tan viejo casi como España.

Gaby se fue sin hacer demasiados comentarios.

Regresó a casa después de pasar por una cafetería donde tomó el vermut con sus amigos.

Era una pandilla de seis o siete y cada uno trabajaba en lo que podía, pero como todos eran solteros y no tenían demasiadas responsabilidades en sus casas, no lo pasaban mal del todo porque no estaba en el ánimo de ninguno el hacer dinero, sino el vivir, que a la sazón era lo único que importaba.

Quedó con ellos para la noche y a la hora de almorzar se fue a su casa.

Su padre ya había llegado y leía la prensa entretanto su madre ponía la mesa para los tres. Nada más verlo llegar la madre le dijo:

—Te han llamado por teléfono.

—¿Quién?

—Una chica —saltó el padre—. Y nada menos que tres veces en una hora, que es la que llevo yo en casa.

—Cuatro —añadió la madre—, porque ya había llamado una antes de venir tú.

Gaby estaba habituado a que un sábado le llamaran chicas. Siempre había alguna desperdigada que se acordaba de él un sábado. Unas veces quedaba con ellas, otras no. Según sus planes. Aquel día no iba a quedar con nadie porque tenía sus planes con los amigos y le parecían unos planes interesantes.

Ni siquiera preguntó cómo se llamaba la chica, porque pensaba que igual eran cinco diferentes y su madre pensaba que se trataba de la misma. Solía ocurrir.

Pero su madre le sacó de su error diciendo:

—Se llama Nona y dijo que volvería a llamar.

Gaby alzó vivamente la cabeza.

Caramba, se había olvidado de la chica que recogió en la carretera.

—Parece que te asombra —comentó el padre.

Pues sí, algo sí.

La verdad es que no esperaba saber nada más de ella.

—Parecía —volvió a intervenir la madre— muy interesada en hablar contigo.

Gaby se alzó de hombros, pero en el fondo se sentía en cierto modo halagado. La chica era una preciosidad, pero ¿qué hacía él con aquella chica aunque fuese preciosa?

Presentía que no era de su ambiente a menos que tuviera un amante rico que le regalara aquel auto de marca extranjera. Y, la verdad, tampoco le pareció una chica mundana capaz de tener un amante. Claro que las había ladinas y podía ocultar su experiencia bajo una cándida sonrisa.

—¿Quién es esa Nona, Gaby? —preguntó el padre.

Gaby no tenía inconveniente en contar cómo la conoció.

No recordaba siquiera su apellido, pero sí el nombre de Nona porque le chocó. Es más, ya no recordaba su nombre verdadero. Pero sí recordaba su nariz recta, sus labios largos y sus dientes blancos y además su óvalo de cara de corte exótico.

Refirió lo ocurrido y cuando terminó, la madre dijo al tiempo de poner la sopera en la mesa:

—Querrá darte las gracias.

—Si ya me las dio ayer.

—Tiene una voz muy educada y muy dulce —dijo la madre.

Los tres sentados a comer olvidaron al rato a la chica del arcén.

Pero cuando daban por finalizada la comida y tomaban el café, sonó el teléfono.

La madre que andaba de pie por allí, lo descolgó y preguntó quién era.

Taponó el auricular y dijo:

—Es esa chica llamada Nona, Gaby.

Gabriel se levantó perezoso.

No estaba citado con sus amigos hasta las nueve en la cafetería de siempre, situada no lejos de su casa y pensaba irse a su cuarto a estudiar un rato y si acaso a dormir un poco.

No obstante se fue al teléfono y con una sonrisa le asió el auricular a su madre.

OceanofPDF.com

IV

Don Pedro Sanjulián fumaba un habano repantigado en un butacón. No lejos de él su hija, perdida en la esquina de un sofá, mantenía el auricular sujeto con las dos manos y pegado al oído.

Él sonreía oyéndole hablar.

Llevaba toda la mañana en casa, en aquel enorme salón, pues los sábados a la mañana no le gustaba salir. No es que su oficina sin él marchara demasiado bien, pero se sentía cansado y los sábados no había demasiadas cosas importantes que ventilar. Además cerraban por la tarde y, en cambio, esos sábados por la tarde sí pasaba por la casa consignataria de sus barcos.

Demasiado trabajo para un hombre solo.

Aún si Nona fuese hombre. Pero era igual. Él estaba loco con ella aun con ser mujer y no saber absolutamente nada de negocios.

Pensaba, eso sí, que un día le trajera un hombre a su medida, pero la lástima era que se movía en un ambiente demasiado superficial aunque la gente le considerara superior.

A él las superioridades le tenían sin cuidado. Lo que le interesaba era un hombre capaz de asumir muchas responsabilidades y supiera acrecentar con su trabajo los negocios y el dinero de su hija.

La escuchaba distraído y la miraba.

Era bonita Nona. Muy femenina y muy buenecita.

Pero todos sus amigos eran capaces de destruir fortunas colosales porque jamás les enseñaron nada mejor y lo peor de todo es que algunos presumían de ricos y lo que hacían era vivir de las trampas y falsedades de los padres, los cuales eran consentidores esperando quizá que su retoño pescara una rica heredera. Como por ejemplo Nona.

Lástima.

Él quería mucho a su hija. En realidad era su único cariño verdadero. Su hija y sus negocios, y un día, cuando fuese, aceptaría de buen grado lo que la hija le llevara, pero pedía a Dios que fuera un marido de provecho, no un gilipollas.

—¿Gaby?

La voz de Nona era interesada.

El padre no sabía lo que aquel Gaby le respondía.

Conocía lo ocurrido en el arcén, claro y le estaba agradecido al chico. Pensaba que con un buen regalo quedaría muy satisfecho.

—Oye, ¿no podemos vernos hoy?

Don Pedro no oía la respuesta, pero sí lo que continuaba diciendo su hija:

—No, si por la noche no salgo si no es con papá o con mi pandilla. Te lo digo por la tarde.

Tampoco don Pedro oyó la respuesta, pero la dedujo a través de la insistencia de su hija.

—Una o dos horas. Ya me han ido a buscar el auto, ¿sabes? Era el carburador que no regulaba bien y se ahogaba el auto. Sí, sí, fueron ayer noche mismo y ya lo tengo a mi disposición. ¿Te voy a recoger a las cuatro? De ese modo puedes salir con los amigos por la noche.

Don Pedro fumaba y sonreía.

Por lo visto el chico no era tan asequible porque Nona insistía.

—O sea, que me das plantón. ¿Que no es eso? Pues tú dirás. Por otra parte me gustaría verte. Tengo que decirte algo...

El chico se resistía.

Don Pedro se preguntaba quién sería para no hacerle caso a Nona. No, no es que Nona fuera una caprichosa ni una frívola, pero los chicos no le daban calabazas y la verdad es que él no recordaba que Nona llamara a un chico jamás, al menos delante de él.

Eran los chicos los que se pasaban el día aporreando el teléfono, pero no siempre lograban que Nona saliera. En realidad Nona era algo independiente y le gustaba hacer su vida a su aire, y para que pasara una tarde por el club privado, se pasaba semanas que no lo pisaba y se iba en el

auto sola a dar vueltas. En realidad él pensaba que su hija estaba algo desorientada y ello se debía seguramente a que se educó fuera de España y al llegar a la ciudad natal se sentía como algo desconectada de sus amigos de antes.

O pudiera ser que su educación algo cosmopolita, le distanciara sin querer de sus amigos de siempre a los cuales no veía ni siquiera en vacaciones, pues por lo regular era él quien iba a ver a su hija y se iban los dos de *tourné* por el mundo entero.

Así conocía Nona tres idiomas correctamente, además del suyo. El alemán, el francés, y el inglés.

La verdad es que él no tuvo nunca interés en que Nona hiciera una carrera universitaria, y cuando ella decidió no hacerla, él recibió una satisfacción. Poseía dinero suficiente para vivir y de vez en cuando, si la necesitaban, incluso pasaba por la oficina a hacer traducciones.

—Pero una o dos horas, hombre... Oye, Gaby, te recojo en mi auto a las cuatro. ¿Qué, te parece? Me estás dando plantón.

Don Pedro notó que el chico se resistía.

Pero Nona intentaba por todos los medios persuadirlo.

—O sea, que no desees mi amistad.

Don Pedro dejó de fumar para escuchar, pero no oía nada.

En cambio sí oía a su hija insistir.

—Te doy mi palabra de que te dejo donde me digas a la hora que estás citado con tus amigos. ¿Qué cosa puedes hacer por la tarde? ¿Estarte en casa? Ya sé que no tengo derecho a presionarte así, pero me hiciste un gran favor y me gustaría conversar contigo sobre ello. ¿Que no tengo que agradecerte nada? Pues te lo agradezco y mucho. Además seguro que te agrada dar una vuelta en mi bólido. ¿Que no tienes mayormente interés? Bueno, ¿qué importa que no lo tengas? Ya veo que no quieres verme más.

Don Pedro pensaba que su hija se estaba pasando y poniendo pesada.

Le hizo una seña, pero Nona ni se enteró, tan entretenida estaba hablando.

—Si estás citado con tus amigos a las diez, ¿qué vas a hacer hasta esa hora? Si no quieres salir conmigo a las cuatro, te puedo pasar a recoger a las cinco.

El padre le hizo una seña.

Su hija se pasaba ya.

Si el chico no quería, ¿por qué insistía?

Pero, de repente, le oyó decir:

—Ah, eso es mejor. De acuerdo, a las cinco entonces.

Y después de un silencio durante el cual el padre suponía que hablaba el chico al otro lado:

—Por supuesto. A las ocho te dejo en casa.

Otro silencio.

Y luego la voz complacida de Nona.

—No, si no te interesa no vamos al cine, pero sí damos un paseo por la periferia en mi auto. No, no temas, no ocurrirá nada. Me lo dejaron perfectamente.

Y otro nuevo silencio.

Al rato le oía decir a su hija:

—De acuerdo, a las cinco en punto estoy a buscarte. Daré un bocinazo en la calle. Sí, sí... Ya sé por tu tarjeta que vives en un tercer piso. Si no oyes el claxon o no estás esperando, te llamo por el microlarbi.

Y colgó.

Dio una vuelta hacia su padre.

—Ya está.

El padre rio divertido.

Trabajo te costó convencerlo. Ese no es como tus amigos que te están dando la lata todo el día.

Nona se sentó a su lado en otro butacón y murmuró pensativa:

—Pensé en él toda la noche. No es corriente que te ayuden en la carretera y que además se porten como caballeros. ¿Verdad que eso no es corriente?

El padre sonrió con ternura.

* * *

—En realidad, en los tiempos que corremos no es nada frecuente, no.

—Yo creo que debo hacerle un regalo, ¿no crees, papá?

—Pues sí.

—¿Qué crees que le debo regalar?

—No tengo ni idea porque no sé quién es ni a qué se dedica.

—Es representante de no sé qué agrícola, y además perito industrial.

—Es raro que siendo perito industrial se dedique a representante, ¿no crees?

—Dijo que había que conformarse con lo que salía y que el trabajo estaba pésimo.

—Y tiene mucha razón. ¿Qué edad le calculaste?

—Veinte y algunos. ¿Veinticinco? ¿Algo más? Quizá. Parece serio y formal. Dijo que le gustaba el matrimonio, pero que no ganaba para mantener a una mujer que por eso prefería no tener novia.

—Muy cuerdo.

—Otros no lo son tanto, ¿verdad?

—A montones. Sobre todo tus amigos.

Nona rio.

—No los tragas, papá.

—Verás, los que me gustan algo, los considero unos cazadotes y los que no me gustan pues eso, no me gustan. Tú debes de andar con mucho tiento en ese sentido, Nona. Eres un bocado exquisito. Además de joven y bonita, eres muy rica, y yo no quiero para ti un marido que se limite a vivir como un pacha de tu fortuna. Necesito un hombre que siga la dinastía, que mantenga firme la marca de la casa armadora y la fábrica de maquinaria. Debí tener un hijo, pero desgraciadamente tú madre falleció antes de poderme dar ese gusto, y yo no tuve deseo alguno de reincidir porque no me gustan las madrastras. Y tú sabes por qué no me gustan.

—Porque tú has vivido con una.

—Exactamente. No digo que todas sean malas, pero la mayoría lo son, y yo he sufrido mucho por esa causa. De modo que no quise que tú sufrieras.

—Gracias, papá.

El padre la besó inclinándose hacia ella.

—Me alegro que no te hayas enamorado, Nona. Creo que tu educación te supo apartar de los aduladores y que para enamorarte tienes un buen sentido común.

—No me gustan mis amigos. Es decir, sí, como amigos lo que gustes, pero para compartir la vida con ellos no me agrada ninguno. Una cosa es la amistad pasajera y otra muy distinta una existencia ligada a un señor que puede gustarte hoy y dejar de agradarte mañana. Sobre ese particular a mí me gusta la seguridad.

—No sabes cuánto lo celebro. Pero, dime, ¿por qué tienes tanto interés por ese chico que te ayudó ayer en la carretera?

—No sé. Me pareció diferente. Ni es frívolo ni banal. Es un chico distinto, eso es todo. Me pareció con un gran sentido de la responsabilidad y una personalidad nada vulgar.

—Seguramente que es muy guapo —rio el padre guasón.

Nona se quedó pensativa.

—Pues no. Ni siquiera es guapo, ni es muy alto, ni nada de eso. Pero en cambio, me pareció muy varonil y su conversación fue amena, fluida y sin rebuscamientos.

Y como si de repente recordara, añadió:

—Tengo que mandarle un regalo. Como hasta las cinco no tengo que ir a buscarlo, voy a salir a comprarle algo.

—¿Como qué?

—No estoy muy segura. Le vi un mechero de esos de cien pesetas, que se usan y se tiran.

—Pues cómprale uno mejor.

—Eso es lo que haré. Se lo enviaré desde la misma casa donde lo compre.

Besó a su padre y se dirigió a la puerta.

—Oye, si llaman, no estoy. Se lo voy a decir a Inés.

Y salió corriendo.

Don Pedro se puso a leer el periódico y a tomar su *brandy* a pequeños sorbos.

Sintió al rato el bólido de Nona saliendo del garaje y dando la vuelta a la glorieta para deslizarse después por la carretera asfaltada hacia la ancha verja.

Vivían en la periferia, en una zona residencial, en un palacete que ya fue de sus padres pero que él había remozado no hacía mucho, aunque

procurando mantener la solera de siempre.

Al rato oyó el teléfono, pero no lo recogió y oyó a la doncella disculpando la ausencia de la señorita Nona.

Algún amigo dé su pandilla.

Le agradaba cómo pensaba Nona al respectó de sus amigos.

Él se sentía bastante tranquilo sobre el particular porque sabía a Nona lo bastante sensata para no enamorarse de aquellos gilipollas que se pasaban el día colgados del teléfono. No es que su hija careciera de encantos personales, pues, al contrario, esos le sobraban, pero él sabía cómo estaba el mundo y el poco dinero que había y las ganas que tenían aquellos amigos de hacerse con el mínimo esfuerzo con una fortuna y unos negocios como los suyos.

Suspiró sintiéndose casi feliz.

OceanofPDF.com

V

Nona se metió en una joyería y tras muchos mecheros que le enseñaron, al fin adquirió uno de oro, de marca francesa. Una verdadera joya, y como la conocían en la joyería, por ser donde compraba siempre, dijo que pasaran la factura a la oficina de su padre y dejó la dirección de Gabriel Torres para que le fuera enviado aquel mismo día.

Tras haber hecho eso, se fue a hacer alguna cosa más entreteniéndose hasta las cinco y a la hora en punto aparcaba su bólico deportivo ante el portal de la casa de su nuevo amigo.

Como no estaba en el portal ni respondió al bocinazo que lanzó, se apeó y se acercó al microlarbi marcando el tercer piso de la letra D.

En seguida le respondió la voz de una señora:

—¿Quién es?

Nona titubeó.

—Soy Nona —dijo. Después añadió con naturalidad—: Estoy esperando a Gaby.

—Ah. Le aviso ahora mismo. Creo que está en su habitación.

Nona esperó.

Pensaba si sería mucho atrevimiento hacer lo que hacía, pero es que por primera vez le interesaba una persona concreta llamada hombre. No sabía si por agradecimiento a lo que había hecho o porque el hombre en sí era distinto a los tipos frívolos que estaba acostumbrada a tratar.

El caso es que se mantuvo cerca del microlarbi y que al rato oyó la voz ronca y varonil de Gaby:

—Bajo en un segundo. Perdona que no estuviera en el portal, pero es que me entretuve leyendo.

—Te espero en el auto.

Al rato vio aparecer a Gaby enfundado en pantalones azules, camisa azulina y una especie de cazadora de gabardina, forrada del mismo color. No era ningún tipo extraordinario, ni siquiera apolíneo. Pero era todo un hombre o por lo menos lo parecía, y además le seducía en cierto modo su edad, porque suponía que era un tipo de experiencia, ni un imberbe como sus amigos.

—Hola —saludó él deteniéndose ante el auto.

Nona sin salir del auto se fue al asiento contiguo y le dejó el volante.

—Conduce tú —le dijo.

Gaby arrugó el ceño.

—¿Crees que me muero por conducir estos autos deportivos y veloces?

—No, pero yo prefiero que conduzca un chico a conducir yo.

Gaby se alzó de hombros y se metió dentro del auto manipulando en sus mandos.

—Igual nos matamos —adujo—. Aquí todo parece automático y yo estoy habituado a mi cacharro, que no siempre frena bien. Y anda mal en muchas cosas.

—El que conduce un auto conduce mil, de modo que estúdialo un poco y después, en marcha.

Gaby la miró interesado.

—No pareces una chica de mi ambiente y tú sabes muy bien que yo no soy del tuyo. ¿Por qué deseas mi amistad?

—Quizá por eso.

—¿Por eso qué?

—Porque no somos del mismo ambiente. Eres un tipo trabajador y me pareces una persona excelente —se alzó de hombros—. Mira, Gaby, en realidad no sé por qué razón te he llamado, pero el caso es que lo hice y que me gusta salir contigo.

—Bueno —rio él—, pues allá vamos. Agárrate porque igual nos estrellamos.

Puso el auto en marcha y con un buen esfuerzo logró dominarlo y cuando salieron de la calle creía tenerlo ya sabido casi todo de aquel vehículo.

Por supuesto, a él le gustaban los coches buenos, pero jamás se le ocurrió envidiar a nadie que tuviera uno superior al suyo.

Condujo con cuidado y salieron a la periferia.

Gaby, mirándola con rapidez por temor a perder la dirección de aquel automático, le dijo:

—Te voy a llevar a comer pulpo. ¿Te gusta o nunca lo has comido?

—Claro que lo he comido y además me gusta.

Gaby pensaba que la chica era un encanto. Iba vestida monísima con un traje de entretiempo, falda estrecha y chaqueta de lana o algo que se le parecía entre rojo y negro, una blusa negra y su rubio pelo destacaba, así como el azul de sus ojos.

Gaby también pensaba que no tenía deseo alguno de complicarse la vida, pero que si seguía saliendo con aquella chica se la iba a complicar, de modo que en el futuro era mucho mejor poner excusas.

Por la calidad de su ropa, por la sortija de brillantes que lucía en un dedo, por las botas que calzaba y por el auto y mil detalles más incluyendo el perfume muy femenino, de gran calidad, había que suponer que estaba ante una chica rica.

Pero eso a él le tenía sin cuidado.

No es que fuese un moro insoportable, pero si un día se casaba prefería mantener a su mujer y que aquella, quien quiera que fuera, no se le ocurriese jamás echarle en cara su dinero.

De eso nada.

También podía decirle que trabajaba y estudiaba, pero no veía él por qué tenía que decírselo. Aquel asunto era suyo y de nadie más.

Por otra parte él tenía un concepto específico de las chicas ricas. Todas eran unas caprichosas, y él no era una marioneta que se le llevara o trajera a gusto de una fémina por mucho dinero que tuviera y por mucho que perteneciera a la élite.

* * *

No obstante, cuando frenó el auto ante el mesón, en la periferia, había observado varias cosas. Nona no era ninguna estúpida frívola. No hablaba

de banalidades ni lo hacía con suficiencia. Era bonita, joven y sumamente atractiva, y a su lado la conversación era fluida y uno se sentía entretenido.

Comieron pulpo como dos vulgares muchachos de la vida de cada día, bebieron vino del Ribeiro, fumaron y hablaron sobre todo.

Cuando se dieron cuenta, la conversación había sido tan entretenida que se hizo noche cerrada y Gaby no se acordaba de la cita que tenía con sus amigos.

—Seguramente —le dijo él— que nunca fuiste a una discoteca corriente y moliente.

Ella hizo un gesto vago.

—No mucho. Alguna vez espaciada, y salí en seguida. Si he de serte sincera, no me gusta el ambiente. Y no lo digo por la diversidad de personas que se mezclan allí, sino por el libertinaje.

—Bueno, es que en realidad de eso abunda. Pero hay discotecas y discotecas. Si quieres vamos a bailar a una donde no es tanto el libertinaje, aunque la gente se emporre un poco, pero aún no han llegado a la droga dura.

—No concibo ese mundo —dijo ella con desgana—. Te aseguro que por el mundo se ven cosas terribles, pero en lugares apropiados a ese tipo de cosas. Aquí, en cambio, se mezcla todo y se han desfasado de tal modo que lo que debiera considerarse libertad, es puro y sucio libertinaje.

A Gaby le agradó aquella forma de pensar.

Podía ser y de hecho sin duda lo era, una chica rica, pero tenía sentido común y no era una banal criatura de escaparate.

—Bueno —dijo a pesar de todo—. Yo no soy un títere y no me muero por ciertas diversiones, pero si al lado de un chico quieres ir a una discoteca, yo te invito.

La joven pensó en los amigos que le esperaban y de reojo lanzó una mirada a su reloj de pulsera.

Las diez menos diez.

Si la invitaba a ir con él a una discoteca, es que los amigos le importaban poco y a ella, por supuesto, menos, y además estaba descubriendo que por primera vez en su vida tenía un amigo que era un hombre con todos los sentidos en su sitio.

Y además muy varonil y atractivo.

—Si no te importa —dijo cuando ambos subían al auto— para en la primera cabina que encuentres y llamaré a papá por teléfono. No me gusta estar fuera por la noche sin que él sepa dónde me encuentro y con quién.

—¿No tienes madre? —le preguntó curioso.

—No. Murió siendo yo muy niña. La verdad es que no la recuerdo.

El auto superautomático ya rodaba carretera abajo hacia el centro.

—Si tu padre era joven, es raro que no volviera a casarse. ¿O es que se casó?

—No, no. Verás, papá no se casó porque él perdió a su madre a los doce años y su padre se volvió a casar y resultó que su madrastra no fue nada buena con él. No es que tuviera más hijos con su padre, pero papá siempre me contó que no lo consideró jamás un hijo y él hubiera deseado que lo considerara así. De modo que debido al sufrimiento que pasó con ella, cuando se quedó viudo, como me quería tanto, decidió no volverse a casar.

—Pues es verdad que tenía que amarte mucho, porque al fin y al cabo tú un día te casarás y le dejarás, porque es ley de vida y quizá entonces eche de menos una compañera.

—Yo nunca dejaré a papá. Ni casada ni soltera.

Gaby rio de buena gana.

—Eso suponiendo que tu esposo, el que llegue a serlo, esté de acuerdo contigo, porque si te casas te deberás a tu marido antes que a tu padre.

Nona le miró y vio su perfil enérgico y su mentón cuadrado.

—Verás, Gaby, te diré cómo entiendo yo ese asunto. Papá es un tipo equilibrado, normal y cariñoso y me adora. Yo le correspondo y pienso que si mi marido me ama a mí, amará todo lo que yo ame, y como papá adorará asimismo lo que yo adore..., ¿vas entendiendo?

Claro.

Y le gustaba encontrar una chica que fuese así como era Nona.

Tanto le estaba gustando como era y como pensaba que estaba decidido a no verla más.

Complicaciones, no.

Enamorarse, menos.

Al fin y al cabo en el fondo él era un sentimental y algo romántico, y lo mejor era tratar las cosas desde la superficie y no profundizar, no fuera a caer en las redes del amor como un incauto, y aquella chica tenía cualidades para enamorar.

No obstante le costaba deshacerse de ella. Y, claro que se acordaba de los amigos.

Y de la cita que tenía con ellos, pero también le agradaba enormemente estar junto a Nona. Por eso pensaba, si Nona estaba de acuerdo, no dejarla hasta medianoche.

No era la primera vez que faltaba a la cita con los amigos. A veces estaba citado y, de repente, le salía un plan y él lo aprovechaba y al día siguiente se disculpaba con su pandilla, y la pandilla lo entendía perfectamente, pues ellos hacían otro tanto cuando podían.

No es que Nona fuera un plan sexual o sentimental, no. Era una amiga reciente, pero él sentía la sensación de que la conocía de siempre y a su lado se sentía muy a gusto.

Claro que no esperaba sacar ningún plan erótico aquella noche.

Ni se le pasaba por la mente.

Pero es que tampoco él era un obseso del sexo y entendía, y así lo sentía, que conversando amigablemente se podía disfrutar tanto o más que haciendo el amor.

—Mira —le dijo ella rápidamente—, ahí tenemos una cabina. Para, que voy a avisar a papá de que voy contigo.

—Pero ¿sabe tu padre con quién estás? —preguntó deteniendo el auto a la altura de la cabina.

Ella entró sin responder y marcó un número hablando unos minutos. Después reapareció de nuevo y subió al auto.

—Claro que lo sabe —le respondió acomodándose—. Estaba él presente cuando te llamé por teléfono, que por cierto me costó convencerte.

—Es que querías agradecerme lo que hice ayer, y no tienes que agradecerme nada.

Ella pensó en el regalo que le había enviado.

Pero no se lo dijo.

Pensó que era mejor la sorpresa.

Seguro que le gustaría a Gaby.

Un objeto así siempre gusta a un hombre.

—Ahora —dijo él sin que Nona respondiera— te llevaré a esa discoteca que te digo. Después podemos cenar por ahí. ¿Tienes hora para regresar a casa?

—A papá le gusta que nunca esté fuera cuando termina la televisión. Es decir, él se queda a mirarla y cuándo se cierra le gusta verme en casa.

—No creas que las chicas de hoy obedecen a sus padres. Con eso de la mayoría de edad a los dieciocho años, se creen personas responsables y así después, se llevan buenos disgustos.

—Yo no tengo en cuenta eso de la mayoría de edad. Lo que me agrada realmente es hacer lo que a papá le gusta y como, además, papá no es un tirano, salvo contadas veces que me acompañe él no creas que suelo salir por las noches.

—No vas a clubs privados.

—Eso sí, pero con él. Él está con sus amigos y yo con mi pandilla.

Gaby se le quedó mirando interrogante. Tanto es así que ella preguntó:

—¿Qué me ves en la cara?

OceanofPDF.com

VI

— **A** parte de que eres muy bonita —ponderó—, que da gusto mirarte, me pregunto qué puedes hacer conmigo que no pertenezco a la élite de la ciudad y se me antoja que tú eres figura primordial en ella.

Nona se alzó de hombros.

—Te aseguro que me aburro mucho.

—¿Con tus amigos?

—Son banales. No saben hablar más que de frivolidades y eso harta. Yo estudié en un buen colegio y si bien no hice carrera, domino tres idiomas además del mío y no se me caen los guantes por ir, a veces, a ayudarle a papá a traducir en su oficina.

Gaby la miró con mayor curiosidad.

—¿Quieres decir que también trabajas?

—Bueno, no puedo decir que siempre, pero cuando papá me necesita, sí, por supuesto.

Gaby preguntó presuroso:

—¿Y tus amigos qué hacen? ¿Estudian?, ¿trabajan?, ¿a qué se dedican?

Nona se alzó de hombros haciendo un gesto vago.

—Mira, hay de todo. Los que dicen que estudian, pero no aprueban y viven de las rentas de papá, y papá está a pique. Y los hay que presumen de fortunas considerables y que solo son inversionistas de bolsa, y hace algunos años se podía vivir de eso, pero como sabes la bolsa está por el suelo y los dividendos no dan ni para pagar una renta de casa elevada.

—O sea, que tú me estás saliendo muy realista.

—Es que lo soy. Una cosa es vivir de realidades y otra de fantasías. Yo tengo un padre que me enseñó a vivir de realidades. Oye, ¿no te gustaría

conocerlo?

Gaby casi dio un salto ante el volante.

—¿A tu padre?

—Sí. ¿Por qué no? Es un hombre muy campechano, amable y afable.

Gaby no respondió en seguida.

Pero Nona añadió súbitamente entusiasmada:

—Oye, si te apetece nos vamos a casa y charlas con él. Te agradará.

—Pero si quedamos en que íbamos a una discoteca.

Y es que él no quería por nada del mundo una intimidad así.

Una cosa era ser amiga de Nona, y la verdad es que a cada minuto que transcurría le gustaba más serlo. Pero otra muy distinta era intimar hasta conocer al padre.

En realidad, ¿qué rayos le importaba a él el padre de Nona?

Pero no sabía cómo salir del compromiso y para evitarlo insistió:

—Me gustaría llevarte a cenar y después podíamos ir a la discoteca, prometiéndote que a las doce, cuando termine la tele, estás en casa.

—Bueno —aceptó ella conforme—. Te llevaré otro día si no te importa.

—Ya sabes que no estoy en la ciudad más que los sábados y domingos.

—Y los viernes por la noche.

—Bueno, sí. Es que termino la semana el viernes al mediodía y desde donde esté me vengo para casa.

Detenía el auto ante un restaurante normal. Ni lujos ni perifollos.

Él no era rico y se comportaba como tal.

El que ella fuera rica le tenía muy sin cuidado. Una cosa era que te fuera simpática y otra muy diferente que saliera con ella por ser una chica rica.

Él pasaba de eso. Y no era ningún pasota. Pero se consideraba fuerte, inteligente y luchador como para luchar por sí y por los suyos. De modo que nada de cuanto tuviera Nona, excepto ella en sí, le interesaba en particular.

Ella sí.

Ella era una chica estupenda y daba gusto hablar con una muchacha así por su sensatez y su falta absoluta de presunción y vanidad.

Pero de eso a lo otro mediaba un abismo.

—Seguramente —le dijo cerrando el auto y asiéndola por el codo— es la primera vez que vienes a un sitio donde se come bien, pero donde no sirve un camarero a cada comensal.

Nona sonrió feliz.

—Yo soy bastante independiente y cuando papá se va de viaje, como me gusta curiosearlo todo, voy a donde me apetece, así que este restaurante no es desconocido para mí y sé que ponen unas cocochas fabulosas.

—Eso está bien —rio él entrando con ella en el comedor.

La conversación durante la comida fue, como antes, animada y sincera.

Cuando se dieron cuenta eran las doce.

Es decir, que no les quedaba tiempo para irse a una discoteca.

Al salir él dijo pesaroso:

—Oye, no hay tiempo de ir a bailar.

—Otro día.

—¿Pero de veras piensas verme otro día?

—Si no me llamas tú, te llamo yo. Y me parece que si espero que tú lo hagas, tengo espera para rato.

—¿Me dejas ser sincero?

—Te lo pido.

—Pues allá va —salían ya del restaurante—, no volví a acordarme de ti después de dejarte ante la parada de taxis.

Ella se detuvo y le miró desilusionada.

—Gaby, ¿no crees que hay sinceridades que hieren?

—Lo siento. Pero yo tengo que ser sincero, y si no lo soy no me considero yo y como me gusta considerarme yo, pues eso.

—Yo te prefiero así.

—¿Cómo?

—Sincero, aunque hieras.

Gaby arrugó el ceño.

La miró entornando algo los párpados.

—Nona, ¿quieres que te diga una cosa?

—Sí.

—Vamos a dejar de vernos. Me resultas peligrosa.

—¿Cómo? ¿En qué sentido?

—Se me antoja que eres una mujer excepcional y yo no estoy para encontrarme con mujeres excepcionales.

—¿Por qué?

—Porque no quiero comprometerme a nada.

Ella se colgó de su brazo con las dos manos.

—Gaby —susurró, y Gaby sintió como un súbito escalofrío—, a mí me gustaría que te comprometieras a todo.

Gaby no se desprendió.

Le gustaba ir así ligado; Pero... ¿no sería aquel un juego muy peligroso?

Nona no era una chica fácil, eso era obvio.

Pero si se enamoraba de él y él de ella, sería una total equivocación o resultaría sumamente peligroso para su estabilidad moral.

—Subamos —dijo apresurado.

—¿No quieres ser mi amigo verdadero, Gaby?

—Te digo que es mejor que me lleves a casa. Y no creas, me da rabia que tengas que ir después sola hasta la tuya.

—Estoy habituada. Además, en mi bólide no hay quien me detenga. Si lo dices porque me violen o así...

* * *

Gaby sonrió divertido y casi tierno.

Aquella chica calaba.

Tenía el don de persuadir y ahondar.

Además era bonita y joven y tenía una personalidad sumamente femenina.

De pie junto al auto, la sentía aún colgada de su brazo con las dos manos y sus muslos pegados a su cuerpo, lo que le producía un súbito deseo.

Era hombre al fin y al cabo.

Y no podía ocultar su condición.

Y máxime siendo ella tan sumamente femenina y delicada.

Porque, en realidad, era exquisita.

¿En qué berenjenal estaba metiéndose él?

—Lo peor de esas violaciones en masa —dijo para desviar lo que pensaba y sentía— es que los pescan y al día siguiente los sueltan. ¿Qué ocurre? Que dejan a un peligroso violador suelto.

—Gaby, ¿tú violarías si se te presentara la ocasión?

Gaby no dudó en su respuesta.

Era firme y contundente:

—Verás, Nona. Yo soy un tipo masculino como el que más. Pero jamás engañé y mucho menos violé. Yo no voy a decirte que soy casto porque diría el mayor perjurio de mi vida. No lo soy ni quiero serlo. Hice el amor mil veces y desde muy joven, porque para cada hombre siempre hay una mujer dispuesta sin que te pida nada a cambio. He desvirgado, y perdona mi crudeza en la expresión, a muchas chicas, pero porque ellas quisieron. Esa es la diferencia de una violación. Yo jamás forcé a una chica. ¿Quieres venir conmigo? Pues vienes. Pero no esperes nada para el futuro. Esto y se acabó. ¿Qué me gustó una chica en ese plan determinado? Vuelvo. ¿No quiere ella? Pues se acabó.

—Eso es que posees sin amor.

—Indudablemente. Yo entiendo que el sentimiento nada tiene que ver con la posesión.

—Entremos en el auto —dijo Nona empujando con suma suavidad— y si quieres continuemos con la misma conversación.

—¿Para qué dilatarla?

—Es interesante, ¿no?

—¿Lo consideras así?

—¿Tú no?

—Bueno, no sé. Pienso que contigo las cosas son distintas.

—Y son. Pero puedo hablar de eso y mucho más. No voy a ruborizarme por ello, ni nadie soy para censurar lo que hagan los demás, aunque yo para mí no esté de acuerdo.

Subieron al auto.

Gaby volvió a ponerlo en marcha.

Ya estaba familiarizado con él y su automatización era para él facilísima.

Lo puso en marcha y de refilón miró a Nona.

—¿Eres virgen? —le preguntó él cariñoso.

La muchacha afirmó con rotundidad:

—Claro.

—Dices claro como si ello fuera un sacrilegio.

—¿El qué?

—No serlo.

—Ya te digo que no censuro a quien no lo sea, pero yo prefiero serlo y además te diré otra cosa. No acepto dejar la virginidad en una encrucijada. O se deja por sentimiento o no se deja.

—Tú la darías por sentimiento —dijo sin preguntar.

—No estoy segura de ello. Pero sí pienso que la daría si mis sentimientos fueran muy profundos y supiera que mi pareja me correspondía.

Gaby se agitó.

La deseaba.

¿Una barbaridad?

Pues no.

Era algo muy natural en él.

Y en cualquier otro hombre.

Sobre todo tratándose de una pareja como Nona.

El auto corría.

—Gaby —dijo ella ante su silencio—, ¿te escandalicé?

Él soltó una mano del volante y de modo instintivo le asió los dedos.

Fuerte, fuerte.

Con una intimidad grata e inefable.

—No, Nona.

—¿Cuándo nos vemos de nuevo? ¿Lo has pasado mal conmigo?

—No, claro que no.

Ella rio bajo diciendo a media voz:

—Has quedado con tus amigos.

Gaby le mostró la hora.

—Para ciertos hombres como yo, este es el momento oportuno. Sé dónde encontrarlos.

VII

Hubo un silencio.

El auto rodaba en dirección a la casa de Gaby, pero él no tenía intención alguna de llegar allí.

Sabía donde encontrar a sus amigos, que si bien no era en un burdel, se le parecía mucho.

Claro que aquellas debilidades tuyas, muy normales en su masculinidad, tampoco tenía por qué decírselas a su nueva e inesperada amiga.

—Será mejor —dijo Gaby decidido a no mostrarse hipócrita ni falso— que me detenga aquí. Tú sigue hacia tu casa.

Nona le miró cuando él frenaba el auto en el borde de una acera.

—Gaby, ¿tienes algún plan concreto?

Claro que no.

Inconcretos todos.

Era sábado.

Él solía echar su canita al aire, sin resabios.

Sin represiones.

Así, con la mayor naturalidad.

Después aquello se olvidaba. Pero mientras se vivía, era un goce indescriptible.

—Concreto nunca —dijo sincero.

—Inconcretos todos...

La miró.

Estaban sentados en el auto mirándose fijamente.

Ella parpadeante.

Él aparentemente sereno.

Pero no lo estaba tanto como aparentaba.

Le gustaba aquella chica.

Y lo curioso es que le gustaba una barbaridad.

Ya sabía que con Nona había que andar con cautela y él no intentaba ser un solapado.

Pero si ella era franca, y demostraba serlo, él prefería serlo a su vez.

¿Para qué ganarse laureles de honor que no merecía?

Era un hombre.

Solo eso.

No un oportunista, pero sí un hombre que de vez en cuando, al menos un día o dos por semana o más le gustaba vivir la vida tal cual era.

Sin más.

Con todas sus suciedades, sus goces, y sus placeres momentáneos.

—De los que aparecen hoy —dijo de súbito, con firmeza— y se olvidan mañana.

Ella parpadeó.

—¿Y eso te hace feliz?

—No. Pero de momento, sí. ¿Qué puedo esperar?

—El sentimiento.

Claro.

Y ese podía inspirarlo ella.

Pero no.

Prefería vivir de modo, como si dijéramos, genérico.

Dedicado a una sola mujer y además amándola, nunca.

Escapaba de eso.

No pasaba, pero sí escapaba.

Y de repente se daba cuenta de que aquella persona podía ser la misma Nona.

Y eso sí que no.

Sacudió la cabeza con bríos.

—Mira, Nona, te seré franco —y lo estaba siendo—, escapo de ello.

—¿Del sentimiento?

—De la mujer concreta.

Nona se agitó.

Se pegó a él dentro del auto.
—Gaby... me gustaría que te detuvieras.
Él respiró fuerte.
¿Si iba a besarla?
Sí.
Le apetecía.
Lo deseaba.
Tenía la cara de ella alzada.
¡Sería tan fácil!
¿Por qué no hacerlo?
No supo cuándo ni cómo.
Pero ocurrió.
Así.
Sin esperar.
Sin reflexionar.
Sin meditar siquiera.
Le asió la cara entre sus diez dedos.
Eso sí, los oprimió con suma delicadeza.
Se la inspiraba ella.
Era distinto a todo lo vivido hasta entonces. ¿Si le dio miedo aquello?

* * *

Pues sí se lo dio.
Pero no podía doblegar su ansiedad.
La sentía dentro.
Como una llamarada.
Como una necesidad.
Como algo hondo que lastimaba y causaba un goce infinito.
Ella esperaba con la cara alzada prendida entre los diez dedos masculinos.
¿Qué esperaba?
Pues eso.
No sabía lo que esperaba.

Pero sentía en sí una necesidad súbita.
Un goce, un placer.
Un anhelo inconcreto.
Pero cuando Gaby le buscó los labios con los suyos, ya no fue un anhelo inconcreto.
Fue algo concreto.
Rotundo.
Vivificante.
Sintió dentro de su boca diluirse los labios femeninos.
Sabía besar.
Lo hacía con suavidad, pero apasionadamente.
Gaby tuvo miedo.
De ella, de sí mismo.
Del momento, de la noche.
De la atracción fiera que ejercía en él.
¿Cómo escapar de ella?
No pudo.
Es que no podía.
Por eso le besó los labios con ansiedad.
Abiertos los suyos y los de ella.
Sintiendo el mismo placer hondo, como una atracción física y síquica.
No supo cuándo la separó de sí.
Era bonita.
¡Dios, qué bonita y femenina!
¡Qué mujer!
Emocional, temperamental, exquisita en su hacer, por vulgar que pareciera.
Eso era lo peor.
Su falta de vulgaridad.
Su femineidad.
Su don de mujer atosigante.
Y a la vez cálida.
Amable, emocional mil veces.
Se quedaron los dos callados después de compartir aquel beso.

¿Qué significaba?
Para Gaby mucho.
Cielos, él había besado miles y miles de veces.
Pero no así.
Jamás con aquella pasión y a la vez con aquella reverencia.
Él tan hombre, tan de vuelta de todo, tan habituado a tratar mujeres, y,
de repente, se sentía cohibido, cortado, enervado al mismo tiempo.
Como si algo profundo se estremeciera dentro de sí.
¿El deseo?
¿O solo la ansiedad?
¿O quizá, más que nada, el anhelo de una compenetración?
No quería.
Tenía miedo.
De ella, del ambiente, de sí mismo.
De su vida sin estabilizar.
¿Qué podía ofrecerle él a Nona?
¿Aquel placer común, vivido entre los dos?
¿Era suficiente?
No, por supuesto.
Al menos así lo consideraba.
Quedó tenso.
Ella, en cambio, estaba cálida.
Tierna y apasionada al mismo tiempo.
Asía entre sus dedos su brazo.
Lo acercaba a sus senos palpitantes.
Él creía sentir aquella palpitación encendiéndose más y más.
Y eso no.
Presentía, sabía que ella no era mujer de pillar hoy y dejarla mañana.
¿Por, qué había tenido Nona que darse a conocer así?
¿Cómo era?
¿Emocional, temperamental, palpitante y femenina?
Apretó los puños en el volante del bólido.
Lo dijo.
Roncamente:

—Vete ya, Nona.

—¿Puedo?

—¿Cómo dices?

—¿Tú quieres que me vaya?

No, claro.

Pero tenía que irse.

Era necesario.

¿Adónde podía llegar aquello?

Y era joven.

Se podía decir que acababa de conocerla y que si ella no le citaba, jamás a él se le ocurriría llamarla.

Pero después de estar juntos, ¿qué significaba aquello?

¿Todo?

¿Un pasatiempo?

No.

Él se conocía.

Jamás sintió tales emociones hondas.

Tales deseos cálidos.

Apasionantes.

¿Destructivos?

No, más bien constructivos.

Pero eso no era todo.

No podía serlo.

La miró.

Vio sus labios temblorosos como si aún sintieran el beso...

OceanofPDF.com

VIII

Y no pudo evitarlo.
¿Es que él no era hombre?
Claro que lo era.
Y ella una mujer.
Eso tan solo.
La pareja.
Lo que viniera después, ¿quién podía predecirlo?
Le apretó los labios abiertos entre los suyos.
Ella también abría la boca.
Sentía su lengua tímida entre sus labios.
No supo cuándo, encendido, apasionado, tal cual era, y sabía doblarse, pero no en aquel momento, le deslizó la mano hacia los senos.
—Gaby...
—Calla —dijo él.
Y su voz sonaba ronca.
El auto parado.
Ellos dos dentro.
Y aquella ansiedad a duras penas doblegada.
Gaby sabía lo que sentía.
Y tenía miedo de sentir tanto.
¿Y ella?
Ella lo presintió desde el primer momento.
Era algo diferente.
—Sabes besar —dijo él reprobador.
¿Y no sabía él a su vez? Claro. ¿Por qué, pues, censurarla a ella?
—¿No quieres —dijo rozándole los labios— que sepa?

Sí, claro.

¿Quién era él para impedirlo?

Nadie.

Un amigo ocasional.

La soltó.

Se miraron los dos un poco a distancia.

—Gaby...

Y no dijo nada más.

Tampoco él quería que lo dijera.

¿Era un sentimiento?

No quería.

Él era un hombre libre y como tal pretendía sentirse.

Pero ya no se sentía.

Una fuerza íntima le inclinaba a ella.

Deseaba besarla, ¿poseerla?

Pues sí.

Pero sabía que no podía.

Y tampoco quería.

Poseer a una mujer de tantas que conocía, era fácil.

A ella, a Nona, no.

Le dolería poderla poseer.

¿Qué pasaba allí?

¿Tanto y tan firme era el sentimiento que nacía?

Soltó parpadeante, algo confuso.

¿Confuso él que se sentía tan seguro de sí mismo?

¿Qué influencia emocional ejercía aquella chica en su ser?

De repente profunda.

Y era contra lo que luchaba.

No supo cuándo intentó saltar del auto.

Se lo dejaba.

Que se fuera.

Él iría a desahogar con sus amigas.

En los burdeles.

En las salas de fiestas nocturnas.

Donde fuera.
Pero no con ella.
Si pudiera hacerlo con ella, le dolería.
Sí, sí, profundamente.
La estimaba. De otro modo a como siempre estimó él a las mujeres.
—Tengo que irme, y tú —dijo cohibido— debes irte a tu casa. Ya dieron las doce.
Nona estaba inmóvil. Mirándole.
Quieta.
¿Enervada? Pues sí.
No podía evitarlo.
Un conocimiento joven, casi infantil...
¿Infantil?
Joven sí, infantil, no.
Era maduro.
Hondo.
—Nona... hasta otro día.
—¿No dices nada más? —preguntó ella confusa.
Sí, claro, podría decir mucho más.
Pero... ¿merecía la pena?
¿A qué cosa llevaría todo aquello?
A mucho, a nada.
Pero a nada no.
Lo sabían los dos.
Lo sentían en sí.
Nacía algo.
¿Un sentimiento?
Pues sí.
Algo parecido.
Un deseo.
Un instinto.
Una necesidad.
Se quedó quieto. Con las dos manos agarrotadas al volante que iba a saltar de un momento a otro.

* * *

Sintió en sí, sin ver, pero como una llamarada, la mirada femenina.

No quería verla.

De súbito le daba miedo.

¿De ella?

Sí, pero también de sí mismo.

No, nunca más volvería a verla.

Aquello fugaz y último.

Él no se sentía con fuerzas para soportar su proximidad.

Tendría que comprenderlo Nona.

Pero ¿de qué forma decírselo?

—Te molesta —dijo ella de repente— que sepa besar.

No. ¿Por qué?

No era tan machista.

Solo a medias.

Besar era una cosa.

Poseer y ser poseída otra.

Y al final de todo ello, ¿qué más daba que ella supiera?

¿Y que fuera poseída antes?

Se lo dijo Nona quedamente.

Con aquella voz tan suya.

Tan íntima, tan cálida, tan confidencial...

Y él no quería confidencias.

¿Para qué?

Si las había tenido a medias, ¿para qué soportar algo que podía llevarle demasiado lejos?

—Gaby, me han besado y he besado, pero nada más.

No quería saber.

Intentó taparse los oídos.

Pero ¿servía eso de algo?

No de mucho.

Casi nada.

—Es mejor que tomes el volante.
E intentó salir.
Pero ella le asió por el codo.
—Gaby.
La miró.
Confuso.
Un poco extraviado.
Y es que la deseaba.
Sí, fervientemente.
De una forma profunda.
Atosigante.
Pero sabía o intuía ya de qué manera era ella.
No supo cuándo se desprendió y saltó del auto.
—Vete, Nona.
—Gaby, ¿qué sientes en contra mía?
¿En contra de ella?
Nada.
Todo lo contrario.
Pero le daba miedo sentir aquello.
Aquella fuerza íntima, atosigante, emocional, pasional.
¿Estaba él loco de repente?
Dio la vuelta al vehículo y asomó cálido por la ventanilla.
Ella se arrastraba silenciosa.
Se ponía ante el volante.
—Nona...
—Sí...
—Buenas noches.
—Adiós...
Estuvo a punto de preguntarle a gritos; «¿Hasta cuándo?». Pero no lo hizo.
Ella arrancaba el auto.
Algo se atragantaba en ambos.
¿Aquel deseo terriblemente doblegado?
¿Aquella ansiedad indescifrable?

—¿Me llamarás? —preguntó ella quedamente.

No. No quería llamarla.

Era demasiado peligroso aquello.

—No lo sé, Nona.

Ella arrancó. Se fue aprisa. Y él se sintió, de súbito, demasiado solo...

OceanofPDF.com

IX

Vivió un poco a lo loco aquella noche. Se diría que pretendía, con su súbita locura desenfrenada, erótica, olvidar algo muy concreto. Los amigos no le preguntaron nada, ni por qué había tardado ni dónde había estado. Era norma en ellos. Se apreciaban, pero a fuerza de apreciarse respetaban el silencio unos en otros.

Como siempre, como casi todos los sábados regresó a casa al amanecer. Casi las cinco. Se sentía dolido y absurdo. ¿Qué había logrado viviendo así entre mujeres alegres y desenfrenadas, sexuales, eróticas, pecadoras? Nada. Vaciedad después. Cansancio, casi asco. Él jamás regresó a casa así de desilusionado, pero el caso es que cuando se derrumbó en su lecho experimentaba un gran vacío, una indescriptible decepción.

Durmió tarde y mal y cuando a las doce apareció en la cocina aún en pijama, con los cabellos algo alborotados, la mirada apagada y ojeras en torno a los ojos, arrastrando un poco los pies, su madre que andaba preparando la comida, se le quedó mirando censora.

—Así acabáis con vuestra naturaleza —comentó cariñosa—. Gaby, lo mejor que harías sería casarte y tener a la esposa en casa y no verte obligado a andar por ahí de picos pardos. Siempre regresas tarde los sábados, pero este creo que has vuelto más tarde que nunca. Estaba despierta y te sentí, y hasta me pareció que no caminabas con la seguridad de otras veces.

Gaby sonrió a medias y alisó los cabellos con ambas manos.

Ciertamente había bebido unos cuantos cubatas y también *whiskys*, y pasiones facilonas. Todo entremezclado había producido aquel cansancio, aquella desgana.

Desde la salita se oyó la voz de su padre:

—Pilar, no le has dado a Gaby lo que llegó ayer tarde para él.

Gaby se asombró mucho. Alzó una ceja.

—¿Pues qué ha llegado, mamá?

La madre limpió las manos en el delantal de flores exclamando:

—Oh, es cierto, Gaby. Lo trajeron nada más marcharte tú. Espera que lo voy a buscar. Lo tengo en la cómoda. Desde luego —se dirigía a la citada cómoda— procede de una joyería. Al menos el papel que lo envuelve así lo indica.

Gaby, aún con la ceja alzada, se fue tras ella y los dos entraron en la salita donde su padre, apoltronado en una butaca, leía la prensa.

La madre abrió un cajón y sacó un paquetito muy pesado, aunque no demasiado grande.

—Es esto, Gaby. La dirección viene bien clara. Gabriel Torres...

Gaby asió el paquete entre los dedos y le dio unas cuantas vueltas antes de abrirlo.

—No entiendo nada. No he comprado nada. Además esta joyería es de lujo. ¿Qué podía comprar yo en un lugar así? —se rio—. Como comprenderás, ni siquiera entré allí jamás. La conozco de pasar ante sus lujosos escaparates.

Entretanto hablaba rompía el papel espiado interrogantemente por sus padres.

El papel cayó al suelo y apareció una caja como de terciopelo y Gaby antes de abrirla miró a sus padres que parecían esperar como él.

—No entiendo nada.

—Pues ábrela —pidió su padre impaciente.

Gaby aún dudó, pero lo hizo con cuidado, con el ceño un poco fruncido y los dedos algo temblorosos como si no supiera por qué.

Apareció una tarjeta y un objeto brillante de color de oro.

Lo levantó en sus manos aún sin leer la tarjeta.

—Es un mechero —dijo con torpeza— y además parece de oro. Sí, es de oro, de marca francesa. Carísimo. Mira el contraste, mamá.

Mamá miró y también el padre, puestos de pie.

Gaby aún daba vueltas entre sus dedos al pesado mechero. De repente algo se abría en su cerebro y con súbita ansiedad fijó los ojos en la tarjeta.

«Gaby, nunca olvidaré lo que has hecho por mí. Que esto sirva de recordatorio y recibe con ello mi mayor agradecimiento. Nona».

No leyó la tarjeta en alta voz.

Una sombra pasó por sus ojos, como una nube roja, como una ira incontenible. Rompió la tarjeta en pedazos y silencioso fue a tirar los trozos al cesto de la basura sin soltar el mechero. Los padres le miraban interrogantes, pero Gabriel no decía palabra. Solo había cambiado de color y tenía los labios apretados y el ceño fruncido.

—Iré a vestirme —dijo.

La madre iba a ir tras él, pero el padre le retuvo por una mano.

—No ha dicho nada —murmuró la esposa asombrada.

—Tú te callas. Son cosas suyas. Él sabrá.

—Pero...

—Te lo ruego. Se me antoja que no le ha sentado nada bien. Venga de quien venga le Han ofendido... Por favor, déjalo.

El piso no era grande y se oía todo, de modo que al rato, casi en seguida oyeron el agua de la ducha correr y no tardaron en ver aparecer a Gaby enfundado en pantalones *beige*, camisa cremosa y una cazadora de ante, con el cabello mojado, más sereno y, por supuesto, no llevaba el mechero en la mano.

—Voy a salir un rato —dijo.

La madre iba a preguntar por la procedencia de aquel objeto de oro, pero una mirada de su marido le contuvo.

—¿Vendrás a comer?

—Claro.

Y se fue sin más.

* * *

Nona acababa de salir de su cuarto vestida y lista. Iba a llamar a Gaby para salir juntos a tomar el vermut. Su padre se hallaba en el salón, y en el palacete los criados hacían la limpieza de la mañana.

—Ya te conté ayer noche lo bien que lo pasé con Gaby, papá.

Papá estaba contento. Nona solía contarle todo y cuando ella llegó la noche anterior estaba levantado y Nona le habló mucho de Gaby, dé cómo era, de lo mucho que a ella le gustaba, de las cualidades que tenía.

—Por lo visto tú estás enamorada —rio el padre.

—¿A ti no te importa?

—¿Que te enamores de un hombre que merezca la pena? Claro que no.

—Debes de ayudarle, papá. Tú tienes poderes para ello. Tus mismos negocios necesitan una persona competente... Gaby no se casa porque dice que no gana para mantener a una mujer.

—Dejemos pasar el tiempo, Nona. Tampoco se puede decidir un porvenir así, de un día para otro. A ti puede parecerte estupendo, pero igual no lo es tanto.

—Te conté toda la conversación. Te dije cómo era, cómo pensaba.

—No lo dudo, cariño. Pero un hombre si desea conquistar a una mujer, se refleja lleno de virtudes.

—Te aseguro que Gaby no pretende conquistarme. Yo creo, al contrario, que pretende escapar de mí. Yo diría que me tiene miedo. Que le gusto y le atraigo, pero que no desea casarse conmigo.

—¿Sabe quién eres?

—Supongo.

—Aun así, es mejor que le trates más.

Inés asomó por la puerta que estaba abierta.

—Señorita Nona, la llaman al teléfono.

El primer impulso de Nona fue decirle a la doncella que dijera que ya no estaba, pero pensó que podría ser Gaby...

Así que preguntó un poco temblorosa.

—¿Quién es?

—Un tal señor Torres.

Dio un salto.

¿Gaby?

—Gracias, Inés —susurró emocionada—. Pásame aquí la llamada.

Y corrió a sentarse en la esquina del sofá junto a la telefonera. Su padre la miraba pensativo. Si las cosas seguían así, sería cosa de hacer averiguaciones. A él no le interesaba esencialmente un hombre rico, pero sí

un hombre sensato y equilibrado. Un tipo capaz de hacer feliz a su hija y capaz asimismo de acrecentar a ser posible su capital.

Hundido en un sillón miró reflexivo a Nona, como si espiara todos sus gestos.

—Gaby —decía ella feliz.

Y en seguida su rostro se ensombreció.

—Sí...

Don Pedro no sabía lo que aquel Gaby decía, pero no parecía que fuese muy halagador para su hija.

—¿No sería mejor vernos? —preguntaba Nona aturdida—. No quise ofenderte. Te aseguro... ¿Qué estás hablando desde una cabina? Pues mete otra moneda. No, no, no has dicho nada aún. Solo que lo devuelves, que tú no aceptas tales regalos. Que no hay razón para ello, que prefieres usar uno barato, de los que al gastarse se tiran. Sí, pero yo... yo. Gaby...

Y don Pedro, muy asombrado, observó cómo su hija retiraba el auricular, lo miraba desconcertada y volvía a decir sin siquiera acercarlo al oído o a la boca:

—Gaby... Gaby...

Pero después lo soltó.

Se quedó inmóvil, mirando al frente. Pálida, crispada.

—Nona, ¿qué ocurre?

Ella miró a su padre como si no le conociera nunca, pero, de repente, se despabiló.

—Papá..., está muy enfadado.

—¿Por qué?

—Por el mechero que le envié. Me lo devuelve...

—¿Cómo?

—Eso —y rompió a llorar—. No lo quiere. No me ha ofendido porque es incapaz de hacerlo, pero se mostró seco y cortante. Me devuelve el mechero.

Casi en seguida apareció de nuevo Inés portando un paquetito.

—Es para usted, señorita.

Nona no lo recogió, pero por ella lo hizo su padre diciendo amable:

—Gracias, Inés. Y cuando salga, por favor, cierre la puerta.

Y se quedó mirando obstinado el objeto envuelto cuidadosamente en un papel de seda que Inés acababa de poner en sus dedos.

Lo abrió cuidadoso, sin dejar de mirar a su hija de hito en hito. Nona estaba anonadada. Hundida, como si no pudiera parar de llorar.

—Será mejor que te calmes —dijo el padre cauteloso, y abrió el paquete del todo sacando el mechero.

Le dio algunas vueltas entre los dedos.

—Nona, es una pieza demasiado cara, ¿no crees?

—Yo compré lo que me gustó —suspiró.

—Sin duda esto es caro y si ese chico es como tú dices, no has sabido llegar a él. Si le mandas un mechero más corriente; se hubiera sentido contento.

—Papá, tengo que verlo. ¿Oyes? Si no está en casa porque dice que me llamaba desde una cabina pública, le llamaré después, y si no quiere verme iré yo a su casa.

—Pero, Nona.

—Papá, no soporto que esté enfadado.

El padre meneó la cabeza y ocultó el mechero en un cajón.

—Las chicas de hoy sois así, Nona. ¿Qué quieres que te diga? El rasgo orgulloso del joven me gusta. Pero puede que no quiera saber nada de ti y te de un feo y tú te sientas peor que ahora.

—Gaby es un hombre correcto. Puede estar enfadado, pero no me dará con la puerta en las narices...

OceanofPDF.com

X

C omían en silencio.

Los padres, cuando Gaby se quedaba así de pensativo y casi malhumorado, procuraban no interrumpir su hosco silencio.

Pero lo conocían y sabían que tenía algo que le molestaba mucho. Cuando tomaban el café sonó el teléfono y se puso la madre.

—Es para ti, Gaby. Dice que es de parte de Nona. Gaby se levantó como un autómatas y asió el teléfono colgado en mitad del pasillo.

—Sí...

—...

—No, no. Deja las cosas así. No es que esté enfadado. Me ha molestado, simplemente. Yo no puedo tener un objeto de ese tipo. Si un día lo tengo será porque lo compre yo. Solo eso, Nona. Me marchó mañana y no voy a volver en toda la semana. Sí, ya sé que estás dolida, pero yo no te lo puedo remediar. Lo mejor de todo es que nos digamos adiós. Ya sabes... No, no. Perdona. Sí, sí, adiós. No, no sé si te llamaré a mi regreso la semana próxima. ¿Por qué no dejar las cosas como están ahora mismo? Sí, adiós. Lo siento.

Y colgó.

Regresó a la salita y se tomó el café que ya estaba frío.

Después encendió un cigarrillo. Los padres se dieron cuenta de que sus dedos temblaban perceptiblemente al llevar el mechero al pitillo.

No interrumpieron su silencio, ni le hicieron preguntas de ninguna clase, pero los dos sabían lo de la carretera por haberlo contado Gaby, y no habían olvidado el nombre de Nona.

¿Qué estaba pasando allí?

—Voy a dar una vuelta —dijo de súbito.

—No marchas hasta mañana, ¿verdad? —preguntó la madre—. Tengo que meter tu ropa en la maleta. En realidad ya la tengo lista.

—Gracias, mamá.

Les dijo adiós con la mano y se fue.

Oyeron el portazo.

Julián dijo a su mujer:

—Algo no marcha bien.

—¿No será lo del mechero?

—Supongo.

—La chica, esa muchacha llamada Nona que él recogió en la carretera debe ser rica para enviarle un mechero así. Y me parece —añadía Pilar— que no le es indiferente a Gaby. Pero haciéndole esos regalos le ofende y le abruma.

—Y lo pierde, que es lo peor. Porque a mi modo de ver y conociendo tanto a Gaby, esa chica le gusta como no le gustó ninguna.

—Será una caprichosa y presumida, Julián.

—Puede, sí. Las chicas ricas casi siempre salen con bofetadas de ese tipo y destruyen los buenos sentimientos y el orgullo de un hombre.

—Gaby es un tipo demasiado digno. Otro se pondría loco de contento.

—Pero tu hijo no, y lo sabes. Tu hijo se siente hoy como si le pegaran en la cara y en plena vía pública y si la chica no le interesara, no se sentiría dolido. Devolvería el objeto de valor y santas pascuas.

—Pero ¿crees que lo habrá devuelto?

Julián la miró censor.

—¿Es que lo dudas?

Pilar bajó los ojos.

—No, no, claro. Conociendo a Gaby hay que suponer que le quemaría los dedos ese mechero.

—Lo siento por Gaby. Si por una vez en la vida le gustaba una mujer, ella misma se ha destruido. Gaby no necesita un mechero de oro y tampoco una mujer rica que lo encumbre. Gaby es mucho Gaby y lo que tenga o llegue a tener, lo conseguirá por sí mismo, pero jamás a costa de una boda ventajosa.

—Pero entiendo que aquí no se trata de eso —dijo Julián pensativo—. Creo que le gusta demasiado esa joven. Gaby no se hubiera ofendido tanto si el regalo hubiese procedido de una chica cualquiera, no de esa... De no haberle gustado o querido algo, ten por seguro que ni siquiera se daría por ofendido. Es más, creo que lo tomaría a mofa y devolvería el mechero, pero sin ese ensombrecimiento que tiene hoy su rostro.

Estuvieron deliberando un buen rato y al fin cambiaron de conversación.

El marido puso la televisión y Pilar se fue a la cocina a terminar de arreglar la ropa de Gaby, para guardarla en la maleta.

Cuando apareció se sentó junto a su marido y se puso a ver el bodrio que pasaban por la tele.

—Cada día es peor —dijo el marido—. No dan un programa que merezca la pena.

—El teatro de la noche puede ser bueno —adujo ella.

—¿No te apetece un café?

—No sé ni la hora que es.

—Van a dar las seis.

—Es verdad. Qué pronto oscurece. Ya no queda casi luz del día. Sí, prepárame un café.

Pilar se fue a la cocina y allí andaba disponiendo la bandeja cuando sonó el timbre de la puerta.

El marido le gritó desde la salita.

—Sigue en lo tuyo que abro yo.

Y se fue a paso corto hacia la puerta.

Al abrir quedó mirando interrogante a la joven que tenía delante. Muy linda, rubia, de ojos azules.

Vestía un traje de chaqueta azul oscuro, y una camisa blanca con una corbata medio caída. Calzaba zapatos altos y tenía unas piernas preciosas.

—Usted dirá —titubeó Julián.

—Soy Nona —dijo ella tibiamente—. ¿No es usted el padre de Gaby? Julián quedó confuso, pero le contestó dando una cabezadita.

—Pilar —alzó la voz el marido—. Tenemos visita.

Y con una mano indicaba a Nona que pasara. La chica tenía aspecto agotado, los ojos tristes. Por la pinta Julián dedujo que era una muchacha rica, pero no altiva ni tonta, ni vanidosa, ni presumida. Más bien parecía humilde.

Pilar apareció en el umbral y se quedó mirando a la recién llegada sin entender nada.

—Es Nona, amiga de Gaby.

—Oh —exclamó Pilar, y se apresuró a ofrecerle asiento.

—Dirán que soy una entrometida —dijo Nona a media voz, muy confusa—. Pero no podía dejar de venir, ya que Gaby no fue a verme ni me llamó por teléfono. Le llamé yo... ¿Ya saben quién soy? El viernes me ayudó en la carretera.

—Nos contó algo —dijo Pilar aturdida—. Pero...

Sentados los tres, se miraron de hito en hito.

Nona casi lloraba.

—Es que se me ocurrió hacerle un regalo —decía a media voz— y me lo ha devuelto y además se ha enfadado mucho. Yo no lo hice por ofenderlo. Yo... yo... pretendía... No sé lo que pretendía... Debí darme cuenta de que Gaby prefería un mechero de cien pesetas...

—Son los que usa —dijo Julián con ternura—. Pero cálmate, mujer.

—Es que no puedo —confesó Nona atragantada—. No saben ustedes lo que significó para mí conocer a Gaby. Hace tres días que le conozco y me parece que le conozco de toda la vida... No sé si sabrán quién soy, pero resulta que la ciudad no es grande y aquí todos nos conocemos más o menos, aunque solo sea de oídas. Mi padre es Pedro Sanjulián...

Pilar y Julián se miraron asombrados.

¿Quién no conocía a don Pedro Sanjulián?

Era riquísimo. Como armador de barcos, como poseedor de una fábrica de maquinaria en la periferia, que abastecía hasta el extranjero.

Los dos pensaron que la chica podía ser rica, pero no lo parecía salvo por su porte. Su carácter era sencillo y afable, casi humilde o, por lo menos, muy sencillo.

Daba gusto hablar con ella.

—¿Dónde podría encontrar a Gaby? —preguntaba sin que los esposos dijeran nada y solo la miraban asombrados—. Necesito verlo. Yo no quise ofenderlo. Oh, no, por nada del mundo. Lo hice con sencillez y él lo tomó muy a mal. Papá que lo sabe, dijo que no debí hacerle ese regalo. Que él me ayudó en la carretera por nada, y que un hombre de verdad no acepta esos regalos.

—Tu padre tiene mucha razón —dijo Pilar quedamente—. Además, Gaby es así... como es. Si le has tratado te darás cuenta de que no es de los que aceptan regalos costosos. Hubiera sido mejor que le regalaras una sonrisa. Apuesto a que Gaby te lo agradecía más.

—Ya lo sé, pero... ¿No saben ustedes dónde suele parar a estas horas?

Los esposos se miraron.

La muchachita era un cielo de cría.

Pero Gaby era su hijo y si prefería no ver a Nona, mejor callarse.

—Por favor, yo tengo que deshacer ese malentendido. Ahora, seguramente que le parecerá fatal que haya venido a su casa.

—No te preocupes por eso. Si quieres ni lo decimos...

—Sí, prefiero que no se lo digan. —Y tras un titubeó—: ¿Les parecerá mal que venga alguna vez por semana a visitarles?

Otra mirada asombrada de los esposos. Fue Julián el que dijo amable:

—No nos parecerá mal, Nona. Pero... ¿sabe tu padre que has venido a vernos?

—Me lo sugirió él.

—Oh.

—Ah.

—¿Podré volver?

—Claro, claro.

—¿Y no me dicen dónde puedo encontrar ahora a Gaby?

—Pues... seguramente que en la cafetería de la esquina. Los domingos suele regresar temprano y algunos ni sale. Pero hoy parecía, efectivamente, muy disgustado.

Nona se levantó presurosa.

—Gracias. Gracias... —y asía la mano de los dos apretándola con afecto—. No olvidaré nunca su buena acogida.

—Ven cuando gustes —dijo Pilar.

Y los dos la acompañaron hasta la puerta.

—Son ustedes muy jóvenes para ser padres de Gaby —dijo ella titubeante.

Es verdad que lo eran.

Se casaron jóvenes y Gaby nació al año. Ellos no llegaban aún a los cincuenta.

Inesperadamente Nona besó a uno y después a otro y luego salió casi corriendo.

Pilar y Julián se quedaron inmóviles en la puerta mirándose interrogantes.

—Ya ves —dijo Pilar—, es una chica estupenda. Encantadora. No me extraña que Gaby tenga ese disgusto. Esa muchacha gusta a cualquiera y, sin embargo, está podrida de dinero y mira su sencillez.

Julián cerró la puerta y regresando ambos a la salita, comentaba:

—Es que la vida es así. El muerto de hambre que presume de rico casi siempre es un altivo insoportable, y el rico de verdad que no necesita demostrar que lo es, porque lo es, una persona humilde y afectuosa. Es como cuando vas a visitar a un medicucho de mierda y se pone todo interesante y déspota y cuando te recibe su jefe que es toda una personalidad resulta un tipo afectuoso y lleno de humanidad y comprensión. Lo de siempre, Pilar.

Y los dos, pensativos, se fueron a ver la televisión.

OceanofPDF.com

XI

Gaby Torres se hallaba sentado en una butaca ante una mesa donde reposaba un cubata cargado de ron.

No es que pretendiera emborracharse, pero lo cierto es que se sentía desilusionado, confuso y decepcionado.

Cierto que estuvo con los amigos y pasó una noche entretenida y fogosa, pero no dejó ni un momento de pensar en Nona.

A aquella hora la cafetería estaba llena, pero él parecía aislado y solitario. No esperaba por nadie y cuando le apeteciera se iría a su casa, se metería en su cuarto y se tiraría en el lecho. No por cansancio, sino por rabia y por pena.

Eso sí, estaba apenado.

Uno puede jugar a divertirse en la vida y lograrlo, y conocer montones de mujeres y, de repente, un día sin siquiera darse cuenta, toparse con una que te dice algo a los sentidos y a los sentimientos.

Pues eso le ocurrió a él con Nona.

Sin más.

Y hete aquí que Nona le pasaba su riqueza por las narices regalándole un mechero de oro de marca francesa. Pero bueno, ¿quién se había creído Nona que era él?

¿Un aprovechado?

Como si él no pudiera pasar toda la vida sin mecheros caros ni objetos de capricho de tal índole.

Le dolía que ella hiciera aquello. Tan buen concepto que tenía de Nona y, de súbito, el ídolo caía por los suelos convertido en barro.

¡Puaff!

Hala, para que luego se volviera a ilusionar.

Él jamás había pensado en una mujer determinada. En todas a la vez, siempre. Pues claro, le gustaban las mujeres y las utilizaba, ni más ni menos.

Nona, no. Ella resultó diferente desde un principio.

Es más, cuando la traía en su auto a la ciudad ni por la mente se le pasó hacerle una proposición sucia, y él, sin ser un sádico, no era la primera vez que una chica que hacía *auto-stop* se insinuaba y metía el auto por una carretera desviada y hacía el amor con ella.

Si ella quería, ¿por qué no?

Pero buscar planes así, por las buenas, nunca.

Si ellas se insinuaban no las dejaba escapar. Se lo proponía, sin más.

Si aceptaba bien, pero si ella se negaba no insistía.

Con Nona no.

Ni por la mente se le ocurrió hacer una guarrada.

Y hete aquí que ella le pasaba la riqueza por las narices.

No era complejo.

Él no tenía complejo de ningún tipo, pero le sacaba de quicio, le encoñaba que le hicieran una putada así.

¿Qué se creía aquella chica? ¿Que él estaba en venta? ¿Qué podía comprarlo el dinero del papá de Nona?

Pues claro que no.

Bebió un trago y encendió un cigarrillo.

De repente se proyectó una sombra delante de él.

Levantó la cabeza con desgana y se puso en pie como impelido por un resorte.

—¿Tú? —preguntó de mala gana.

Nona le sonreía con una mueca informe.

—Si no te importa —decía ella humildemente— tomo asiento.

—Hazlo si gustas. Pero prefiero no hablar del asunto.

—Pues es de lo que yo vengo a hablarte.

—Mira, Nona...

—No, no, Gaby —ya estaban ambos sentados—. No sé lo que pensarás de mí y el regalo. Bueno, ya sé que piensas fatal, pero yo en ningún momento quise avasallarte, humillarte u ofenderte. Quería que tuvieras un

presente mío y tienes que comprender que estoy habituada a comprar cosas así y no se me ocurrió pensar que a ti iba a ofenderte tanto.

Casi lloraba.

Gaby sintió que se le ponía un nudo en la garganta.

Hubiera deseado gritarle y mandarle que se fuera.

Pero no resultaba ni gota de fácil.

Aún si ella se pusiera tonta o despectiva...

Pero así de humilde, suave, cálida y sencilla...

Hum...

—Es mejor olvidar ese asunto, Gaby. Por favor, te pido que no me juzgues por lo que hice.

Gaby dijo roncamente:

—A mí me importa un carajo tener un mechero de oro, Nona. Me parece que ya me conoces un poco... ¿No?

—Sí, claro. Y ahora más. Ya sé como eres casi del todo.

Y por encima de la mesa alargó la mano para ponerla sobre los dedos de Gaby.

—Perdóname, por favor. ¿No podemos seguir... como íbamos?

Claro que no.

Ella era rica y él no quería riquezas a costa de una mujer.

—Lo mejor de todo es cortar a tiempo —dijo rotundo—. Tú por un lado y yo por otro.

—¿Por qué?

—Porque pertenecemos a mundos diferentes. Y como dice el refrán: «Cada oveja con su pareja». Tu ambiente no es mi ambiente. —Y añadió rotundo—: Y te diré aún algo más. Ni me interesa que lo sea. Siempre estuve contento de ser quien soy y como soy y no tengo ningún interés en cambiar.

Luego se quedó silencioso y retiró la mano de los dedos que apretaban los suyos.

* * *

Nona no cejó.

Había conocido a muchos chicos de su ambiente, como decía Gaby. Incluso se dejó besar por alguno, pero jamás se enamoró. Pasaron por su vida como relámpagos y es que de hombres solo tenían el nombre. El primer hombre digno, firme y de personalidad que conocía, era aquel. Gaby Torres. Sin más. Muñecos de salón, frívolos, sin ningún sentido común, montones. Pero ella no iba por la vida buscando eso. Ella necesitaba un hombre en el cual apoyarse y sentirse segura y protegida y el dinero de su padre no era bastante para sostenerla.

Podía también suponerse que en tres días nadie puede enamorarse, pues no es así o, al menos, en ella no lo era. No solo le atraía Gaby como pareja de distinto sexo, y había que decir que le atraía en extremo, sino como persona, como un ser entrañable con el cual quisiera conversar toda la vida y toparlo al despertar y ser suya antes de dormirse.

Así, sin más.

De eso estaba plenamente segura y ella no se consideraba ni frívola, ni vana, ni impresionable. Dicen que hay un hombre para cada mujer y una mujer para cada hombre, y que no todos los hombres sirven para todas las mujeres y viceversa, pues para ella el hombre, sin lugar a dudas, era Gaby.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó él correcto, pero serio.

—No, Gaby. Solo quisiera estar contigo y ver cómo desfruncías el ceño y cómo volvíamos a ser amigos... O más que amigos.

—Tú estás loca, Nona.

—No sé si lo estoy, pero hay algo que siento y te quiero decir y después, si te parece o apetece te ríes de mí. Es la primera vez que me interesa un hombre determinado y ese hombre eres tú. Ya sé que no está bien que te lo diga así, pero no veo que pueda decírtelo de otra manera. Sí, soy rica, de acuerdo. ¿Y qué? ¿Es que por serlo tengo qué renunciar a lo que amo y deseo? ¿Qué culpa tengo yo de ser rica? Además tú debías presumirlo y solo al recibir mi regalo te has dado por resentido. —Como Gaby guardaba silencio y fumaba nervioso, ella añadió dolida—: No te importa nada de lo que estoy diciendo. Pues mira, no voy a callarme —casi lloraba—. Tendré que decirte más cosas. Si quieres, el día de mañana renuncio a todo y me aguanto con lo que tú ganes.

Gaby se impacientó.

—Nona, es mejor dejar las cosas así. Nos decimos adiós y si un día la vida nos reúne de nuevo, nos saludamos como buenos amigos y en paz. Yo no tengo nada en contra de tu riqueza, pero no me gusta compartir la riqueza de los demás. Soy bastante hombre para valerme por mí mismo y tampoco te voy a sacrificar a ti a que vivas en un ambiente mediocre solo por un amor que piensas que sientes y que al faltarte lo indispensable, fenecerá solo.

—¿Tú me quieres, Gaby? —preguntó anhelante.

Gaby sacudió la cabeza.

No sabía si la quería lo bastante, pero sí sabía que le interesaba lo suficiente para poder vivir feliz a su lado. Pero las cosas así no le interesaban.

—Es igual que te quiera o que esté aprendiendo a quererte —dijo rotundo—. Gracias a Dios nos dimos o me di cuenta a tiempo. Y la cosa no había echado raíces aún. Cuando esas raíces son tan débiles se arrancan y la tierra no se inmuta.

Dicho lo cual bebió lo que quedaba en el vaso y lanzó una mirada a la hora.

—Tengo que irme, Nona. Lo siento.

—O sea, que no me perdonas el regalo.

Gaby hizo un gesto vago.

—Eso pasó. Olvídalo ya. Yo lo tengo olvidado, pero ese regalo me sirvió para abrirme los ojos. Para que me diera cuenta de la diferencia que nos separa.

—¿Y el amor que sentimos uno por el otro? ¿Es que has olvidado lo de... ayer?

Gaby tenía ganas de acabar cuanto antes. Estaba sufriendo y era la primera vez que él sufría por una muchacha.

Prefería que lo odiase o le despreciase y por eso dijo con rotundidad:

—Mira, Nona, no nos engañemos. Es verdad que me gustas y que sería muy fácil amarte mucho y que yo no soy un tipo de vivir a salto de mata y que el día que me case procuraré serle fiel a una mujer. Pero estoy soltero y si te apetece te digo a donde fui ayer después de dejarte a ti. A un burdel, ni

más ni menos. Ya sé que te parecerá odioso manchar tu recuerdo con esas guarradas, pero yo lo hice.

Y se levantaba.

La miraba desde su altura.

Nona tenía la mirada húmeda y los labios muy apretados. Estaba guapísima con aquella amargura reflejada en su semblante.

—O sea —decía a punto de estallar en sollozos—, me dejas para siempre.

—Es mejor para los dos, te lo aseguro.

Y se fue sin esperar respuesta, dejando sobre la mesa un billete.

Nona, al rato, salió también y como si arrastrara los pies se fue hacia su bólido azul pastel.

Al llegar a casa se lo contó todo a su padre y don Pedro arrugó el ceño.

—Mañana mismo averiguaré quién es, Nona —le dijo rotundo—, y si merece la pena como parece y supones tú, yo no tendré inconveniente en hablarle. Pero de todos modos esperaré que te pase. Es lógico que debe pasarte. Le olvidarás.

No lo olvidó.

Pasó la semana cerrada en casa y solo salió el jueves por la tarde para visitar a los padres de Gaby, con los cuales conversó largo rato como si les conociera de toda la vida. También merendó con ellos y ellos se sintieron muy contentos de tenerla en la salita hasta bien entrada la noche. Al marchar les dijo:

—Cuando regrese Gaby no le digan que estuve aquí.

—Pierde cuidado.

—No sé si nos arreglaremos nunca. Pero yo creo que él me quiere tanto como yo a él. ¿No les ha llamado por teléfono estos días?

—No lo hace nunca. Cuando termina la jornada se mete en la fonda y se pone a estudiar.

Nona quedó algo envarada.

—¿Estudiar? ¿No terminó perito?

—Sí, pero está terminando ingeniero industrial.

—Oh.

Y cuando llegó a casa se puso a contarle a su padre lo ocurrida, pero el padre le atajó.

OceanofPDF.com

XII

—**L**o sé. No me digas nada. Ya lo averigüé todo de él, Nona. Termina ingeniero el año que viene y además representa maquinaria agrícola y en la compañía le quieren tener en la oficina, pero él prefiere la acción y por eso viaja. Es un elemento importante. —Y añadió pensativo pasando a la vez la mano por el cabello de su hija—: Muy importante y es ni más ni menos el hombre que yo necesito para sustituirme algún día. Puede ser un gran marido y un gran industrial. Pero ten suma cautela. Tiene su orgullo y le sobra dignidad. Tú búscale como mujer, pero olvídate de que soy tu padre, porque si después de trataros un tiempo, estás de acuerdo en que él corresponde a tus sentimientos, seré yo el que le busque a él.

El viernes por la noche Nona no dudó en marcar el número de los Torres.

Se puso Gaby mismo y ella dijo con voz cálida:

—Gaby...

Notó su impaciencia en el suspiro o respingo que dio.

—Nona, ¿no te dije...?

—Es fácil decir y muy difícil hacer lo que los demás dicen. A veces, claro, como en este caso. ¿No podemos ir juntos al cine, Gaby? Como dos amigos...

Gaby respiró fuerte.

Era una tentación. En la semana había besado a unas cuantas chicas, pero como si nada. Él seguía pensando en ella. En aquella Nona. ¿Por qué tenía que ser rica aquella muchacha?

—Te dije, Nona...

—Y yo te dije a ti que no soportaría no ser tu amiga.

Hubo un silencio.

—¿De verdad... solo como amigos?

—Sí.

—¿Me das tu palabra?

—Sí.

—Bueno.

—¿Te voy a buscar?

—No me da la gana de ir en tu bólido, ¿te enteras? O vienes en el mío o nada.

—Está bien. Salgo ahora mismo para la cafetería que está ubicada cerca de tu casa. Te espero allí.

—Vale, vale.

Y colgó.

No dijo nada a sus padres.

Sabía que le espiaban, pero también sabía que no le harían preguntas impertinentes. Nunca se las hicieron. Se preguntó qué dirían sus padres si conocieran a Nona. Una niña rica y mimada. ¿Tan mimada? Pues no. No era tan mimada. Era una chica rica únicamente, muy sentimental e impresionable. A él le gustaba su femineidad y su cálido acento y sus ojos azules y su boca sensual...

¿Para qué engañarse?

Era como jugar con fuego, pero... había que jugar a algo.

¿No se estaba jugando la vida en la carretera todos los días y era mucho menos placentero?

Salió de casa y cuando ella llegó le salió al paso y no pudo evitar de apretarle las manos con calor.

—Por lo visto siempre te sales con la tuya —refunfuñó.

Pero notaba que le gustaba que se saliese.

—¿Tomamos algo aquí o nos vamos al cine?

Era bonita y cálida.

Tenía una mirada azul acariciadora y zalamera y todos los ingredientes que debe tener una mujer para atraer. Y a él Nona le atraía una barbaridad.

Como nunca le ocurrió con mujer alguna.

—Si pretendemos ir al cine —dijo él asiéndola del brazo— será mejor irnos ya. Es la hora justa.

Fueron, claro.

La película era amorosa y Nona se las arregló para deslizar los dedos por el brazo de Gaby y asirle la mano apretándose contra él. Gaby la miró ladeando la cabeza y sintió aquel perfume que olía a jazmín, tan femenino, tan de ella, entre dulzón y amargo.

Ella alzó la cabeza y le sonrió tibiamente y Gaby no pudo doblegar la tentación.

Le buscó la boca en aquella oscuridad. La besó largo rato.

Estaban en las filas traseras y no había cuidado que molestasen a nadie por besarse. Se excitó besándola y se sintió molesto por ello al mismo tiempo. Pero siguió besándola y una de sus manos se deslizó por la blusa abierta...

Ella no dijo nada.

No vieron la película más que a ratos y cuando salieron Nona se prendía con las dos manos de su brazo.

Eran cerca de las once y Gaby dijo riendo.

—Esta vez no avisaste a casa.

—No hace falta. Saben que estoy contigo.

—Y no temen los tuyos que te trague como un león.

—No lo temen.

Se fueron caminando hacia la casa de él, pues allí cerca tenía Nona aparcado su bólido azul pastel.

—Mañana te llamo a las doce —le susurró ella cuando llegaban junto al auto—. Podemos salir por la noche. Le pediré permiso a papá.

—Nona, tú conoces mis costumbres.

—¿De irte por burdeles? Pues sí. Pero yo pretendo que no te vayas.

Y sonreía de una forma cautivadora. Gaby sintió que la sangre le daba saltos por las venas, así que antes de subir al auto, le asió por los hombros y le buscó la boca en aquel hacer suyo apasionante y fogoso.

Nona se apretó instintivamente contra él, elevando una mano y pasándola por el pelo masculino.

Gaby la soltó presto.

No quería líos y se estaba metiendo en uno gordísimo.

Por supuesto, salieron los dos días siguientes y muchos más.

Todos los viernes a la noche ella le llamaba, pero lo que no sabía Gaby era que Nona un día sí y otro también iba a merendar con sus padres durante las tardes de la semana.

* * *

No fue un día, ni dos, ni una semana, ni un mes.

Fueron muchos.

Sin darse cuenta se dejaron querer y querían.

Era estúpido pretender escapar de algo que estaba allí, metido en Nona y en él.

Los amigos no sabían qué lío se traía, pero sí le decían: «Te han pescado, Gaby». Y es que era verdad, se sentía pescado y cuantas veces pretendía poner los puntos sobre las íes y decir que él no tenía posición para casarse, tantas tropezaba con la cerradura de ella.

No, no había forma de deshacerse de Nona.

Y lo peor es que tampoco, en el fondo, quería deshacerse.

Era todo un contrasentido, una situación compleja y también conflictiva, pero lo cierto es que durante la semana, viajando, se proponía no verla, y cuando sonaba el teléfono el viernes, daba un salto y a la vez un suspiro de alivio.

A veces se iba sin cenar y los dos se metían en una cafetería y comían algo y charlaban por los codos y se decían todo lo que habían hecho durante la semana.

Todo, menos que iba a ver a sus padres.

Eso no lo decía Nona.

Tenía miedo de la reacción de Gaby y que resultara como aquel regalo del mechero. Por supuesto, no se le ocurrió hacerle ningún regalo más y Gaby sentía la sensación de que ella era una chica corriente.

La quería mucho, sí, estaba loco por ella, pero los sábados a medianoche no podía evitar irse con los amigos, porque él era un ser humano y tenía necesidades fisiológicas como tal.

Los amigos le embromaban, pero él seguía en sus trece.

Seguramente que ignoraban que Nona era una niña bien de casa bien.

La verdad es que él sabía poco de ella, de su vida en el hogar. Ni siquiera había vuelto a ver la tarjeta que ella había metido en la guantera. Ni quién era el padre, ni lo que representaba porque Nona jamás hablaba de eso. Se comportaba como una chica más. Tanto podía entrar en una cafetería de lujo como en un mesón a comer pulpo y beber vino del Ribeiro. A veces los sábados se iban a discotecas y bailaban muy apretados y era Gaby el que pedía dejar de bailar porque se excitaba mucho.

A todo esto él había sacado el título de ingeniero, pero ni siquiera lo comentó con ella. ¿Para qué? Seguramente ni lo sabía.

Cuando esto ocurrió, los de la oficina intentaron pillarlo para su empresa y darle un puesto de categoría, pero no en la sección activa que él deseaba, así que lo rechazó.

Dijo que prefería continuar vendiendo, porque él no era rata de oficina, a lo cual le respondieron que por algo había que empezar, pero Gaby lo rechazó de plano.

No soportaba la inmovilidad.

Tampoco Nona le dijo jamás que sabía que había terminado la carrera de ingeniero industrial, pero sí lo sabía porque uno de aquellos días se lo manifestó su padre. El padre de ella, y después los padres del mismo Gaby.

Pero eso para ella pasaba ya a segundo plano.

Le importaba un rábano que Gaby fuera ingeniero o nada. El caso para ella era bien concreto. El hombre en sí y a ese hombre amaba.

Un día le llamó por la noche de un sábado después de dejarlo junto a su casa y llegar ella a la suya.

Se puso la madre.

—¿No esta Gaby?

—Pues no ha vuelto. Pensamos si estaría contigo.

—Estuvo, pero le dejé a las once, hace cosa de veinte minutos, junto a vuestra casa.

Ya les tuteaba.

¿Qué ocurriría el día que Gaby se enterase?

Pero tampoco era eso para pensarlo en aquel momento. El caso era otro. Era que Gaby, después de dejarla a ella, se iba con los amiguetes a aquellos sitios...

Se despidió de la madre de Gaby y se fue a su cuarto a pensar. Eso ni lo comentó con su padre. Pero sí consigo misma.

Pensaba hablarlo el domingo.

O sea, al día siguiente.

Se consideraba novia de Gaby y le constaba que él por tal la tenía. Que se casaran antes o después eso era otra cosa. Pero que terminarían casándose, era obvio.

Pero que le engañara yéndose por burdeles con los amiguetes, no.

Llevaban más de un año saliendo solos.

Besándose, acariciándose.

Conversando sin parar.

Era evidente que estaban como formados uno para el otro.

Sintió unos celos horrendos y se prometió a sí misma abordar el tema al día siguiente. No se podía andar con ambages ni disimulos en tales Cosas.

O se decían todas o se callaban todas.

Y una cosa era callar que visitaba a los padres de Gaby y otra, muy distinta, lo que concerniese a los dos, y aquello les concernía muy de cerca.

El domingo por la mañana le llamó a las doce.

Pilar le dijo bajo:

—Aún está en la cama.

—Pues levántalo.

—Pero, Nona...

—Te lo ruego —y su voz era casi angustiosa.

Pilar lo llamó, y Gaby, arrastrando los pies, en pijama, cansado y maltrecho se puso al aparato.

—Si estaba durmiendo, Nona —regañó.

—¿No podemos vernos ahora?

—¿Ahora mismo?

—Dentro de una hora, si te parece.

—Pasa a buscarme —gruñó—. Qué pesada te pones a veces, hijita.

Ella colgó sin responder.

XIII

La cosa no era para tratarla en el auto, conduciendo.

Por eso estaba seria y Gaby le hizo una caricia diciendo:

—Se diría que estás enfadada.

Y mucho.

Más de lo que él suponía.

—Si te parece —dijo por toda respuesta— nos vamos al mesón.

—¿A esta hora?

—Pasa de la una. A las tres debo volver a casa a comer con papá y a las cinco vuelvo a buscarte.

Él la miró desconcertado.

—Me tienes controladísimo.

El auto corría.

Nona dijo entre dientes:

—Eso piensas tú pero, realmente, te tengo muy poco.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Ya lo discutiremos cuando lleguemos al mesón.

—Es decir, que me llevas allí para reñir conmigo.

—Por lo menos para hablar sin que nos molesten.

Gaby se sentía cansado y con pocas ganas de discutir.

Realmente había ido con los amigos por pura carambola. No es que le pillaran los amigos de sorpresa, de eso nada. Había ido por purísima necesidad y, como siempre, al regreso de amanecida a su casa se sentía asqueado. Pero él era un hombre, ¿no? Y encima tenía una novia a la cual no tocaba lo suficiente como para quedarse tranquilo.

El problema era simple o complicado si se quería, pero de todos modos era humano, y cuando se topó con los amigos no dudó en hacer lo que tenía

ganas de hacer.

Pero a la sazón le pesaba y es que quería a Nona de verdad y solo esperaba la oportunidad de colocarse a su gusto para casarse con ella. Por supuesto que no la quería para pasar el tiempo. La quería de verdad para hacerla su mujer, para no tener más mujer que ella, y cuando fuera suya les diría adiós a los ligues y a los burdeles.

El auto entraba en la explanada ante el mesón. Descendieron uno por cada portezuela y él se acercó a su novia y la sujetó por los hombros, inclinando la cabeza hacia ella.

—Sigues enfadada. ¿Qué te hice?

—Te lo diré en seguida.

—O sea, que eso del enfado es cierto.

—Pues sí...

Entraron en el mesón medio oscurecido y recubierto de madera. Había poca gente a aquella hora y ellos se fueron directamente a la mesa que ocupaban siempre, ya que estaba libre.

El mesonero que ya los conocía se acercó presuroso.

—¿Lo de siempre? —preguntó.

—No, no —dijo Nona—. Yo quiero una coca-cola nada más.

—¿Y usted, señor?

—Otra —dijo Gaby con desgana.

Mientras no les sirvió el camarero no pronunciaron palabra. Se miraban de hito en hito. Gaby se preguntaba qué mosca le picaría a Nona, pues la verdad es que nunca se enfadaba y aquella mañana parecía estarlo mucho. Y por lo visto era con él.

Cuando el mesonero se fue, Gaby dijo:

—Suelta lo que sea.

—Te llamé ayer noche.

¡Vaya! Gaby dio un respingo. De modo que era aquello.

Se puso un poco rojo, la verdad.

En cierto modo le molestaba mucho que Nona supiera lo que había hecho, o se lo presumiera que para el caso era igual.

—Yo te dejé ante el portal de tu casa —añadió Nona con voz contenida—. Pensé que te irías a dormir. Y veinte minutos después ni siquiera habías

llegado y, además, ahora mismo, tienes cara de recién casado.

—¡Nona!

—Las cosas como son. Es la pura verdad y no tienes idea de lo que me molesta. Es decir, me ofendes en lo más vivo.

Gaby bebió un sorbo de coca-cola.

Después la miró de frente.

—Mira, Nona, si quieres tocar ese tema lo tocamos. Nos tenemos bastante confianza para tratarlo. Pero yo en tu lugar lo marginaría.

—Y tú con esas tipas por los burdeles.

Gaby aplastó la mano sobre la mesa y empezó a arrugar los dedos.

—Bueno, pienso que debo hablarte claro.

—Eso espero.

—Tú entiende, Nona. Nuestras relaciones son muy apasionadas, muy vehementes. Pero de ahí no pasamos. Un juego erótico, una caricia sexual. ¿Y qué? Yo me pongo como tú puedes suponer que me pongo, y así un año es demasiado.

—O sea, que buscas desahogos en esas mujerzuelas.

—No tan mujerzuelas. El sexo hoy está a la orden del día. Basta que invites a una chica para que se vaya a la cama contigo.

—Pues yo no quiero —y le temblaba la voz de indignación— que te vayas a la cama. ¿Te enteras?

Gaby hizo un gesto de impotencia.

—Pues tú me dirás. No pensarás que un tipo como yo pasa sin mujer así como así y encima teniendo novia y no tocándola.

—A mí me tocas.

—Nona, no pretendamos hacer un crucigrama. Te toco, pero no hago lo que yo quiero.

* * *

Respiró fuerte añadiendo:

—Y necesito.

Nona había pensado mucho y estaba dispuesta a abordar el asunto sin ambages.

Podía ser muy inocente un año antes, pero a la sazón sabía demasiadas cosas del amor y todos sus derivados, aunque sin llegar nunca al acto sexual.

Pero si para que Gaby fuera absolutamente suyo había que llegar, se llegaba.

Y si de ese modo, haciendo trampa, lograba que Gaby depusiera su estúpido orgullo y tuviera que casarse con ella, mucho mejor.

—No creo —decía Gaby ajeno a los pensamientos de su novia— que tenga que ser más explícito. Con lo que te he dicho, creo haberlo dicho todo.

—Por supuesto.

—Y así entenderás mi postura y la disculparás.

—La entiendo, pero en modo alguno la disculpo.

—¿Cómo?

—Mira, Gaby, entre que te busques una mujer por ahí, a serlo yo, prefiero esto último.

Gaby la miró desconcertado.

—Nona, yo no puedo casarme aún.

—No te estoy hablando de casarnos. Ya sé que tienes esa manía de buscarte el porvenir por ti mismo.

—Y estoy en mi pleno derecho.

—No te lo voy a discutir. Pero si soy tu novia, pretendo serlo en todo.

—Nona, que te pillo por la palabra.

—Pues me dejo pillar. No soporto que me compartas con esas tipas.

Gaby mojó los labios con la lengua.

Era una tentación, pero él no quería hacerle daño a Nona. Nona era la novia, la futura esposa y prefería no exponerla a nada.

La miró sin que ella parpadeara, así de fija sostenía su mirada.

—Nona, o entendí mal o...

—No has entendido mal.

Por encima de la mesa Gaby le asió los dedos apretándoselos con fiereza.

—Puede ocurrir un desaguisado, Nona —dijo con voz enronquecida—, y tú sabes que yo...

—No te casas aún.

—No, por supuesto. Y no por falta de ganas, sino por falta de medios.
¡Y dale!

O aquello se acababa o ella dejaba de ser quien era.

Y lo quería demasiado para perderlo.

—Tengo un apartamento cerca de la playa —dijo ella como si tuviera mucha prisa o sintiera vergüenza, y es que la sentía—. Esta tarde vamos allí.

—Nona...

—¿Es que prefieres andar de picos pardos por ahí?

Él apretaba su mano hasta hacerle daño.

—Nona, ¿estás realmente preparada para eso?

No. Ni sabía si podría.

Pero, en cambio, dijo con firmeza, y cualquiera le creería:

—Desde luego.

—¿Las... píldoras?

—Sí.

—Nona...

—¿A qué hora te recojo?

Y el rubor cubría su rostro.

Gaby respiró hondo.

—Nona —y su voz era muy ronca—, yo me voy a casar contigo. Sea cuando sea, pero me caso. Y la verdad es que estoy deseándolo. Pero no te pido nada: A ti no... ¿Oyes? No te pido eso.

Nona respiró muy hondo.

O se lo jugaba todo o lo perdía todo.

Y la elección era obvia.

¡Que Dios le perdonase!

—Pero te lo doy yo, ¿entiendes? No soporto tener celos de esas tipas que ves los sábados por la noche —se cubrió la cara con las manos—. No lo soporto.

—Está bien, cariño —dijo él con ternura apartándole las manos de la cara—. Está bien. Pero, por favor, vete preparada.

Se diría que no sabían qué cosas decirse. El caso es que regresaron en silencio y que solo al despedirse, hacia las dos y media, él la besó en la boca con veneración.

Ella devolvió el beso diciendo quedamente:

—Iremos a ese apartamento que tengo yo.

Y fueron.

No un día. Todos los sábados y domingos.

Al cabo de un mes ya sabían que no podían pasar uno sin el otro y que aquello era más fuerte que cualquier otro sentimiento.

Ella se dio cuenta un día y se lo dijo a su padre.

Así, sin más.

—¿Estás segura?

—Sí —y a reglón seguido le contó lo que venía haciendo desde hacía dos meses.

—Es decir, que has hecho dos cosas a la vez. Separar a Gaby de esa vida y obligarle a llevarte al altar.

—Sí, papá.

—Pues es hora de que yo vea a ese pollo. Tráemelo.

—Papá, dirá que le tendí una trampa.

—Y dirá verdad. Pero como te quiere, se casará y a la vez le hará el mayor favor que un hombre puede hacer a otro. Ocuparse de mis cosas que va siendo hora de que yo tenga alguien que me ayude.

OceanofPDF.com

XIV

Pedro San Julián no se anduvo con chiquitas. Ni buscó ocasiones. Las provocó él. Sabía demasiado de Gaby, de su vida, su lucha y su buena fe y su valía. No era él un hombre sin sentido, ni buscaba vanidades en la vida. Buscaba la realidad y sabía de sobra que solo de realidades, mejores o peores, pero realidades, se podía vivir.

Así pues, se personó con su hija en casa de los Torres.

Nada de protocolo. De hombre a hombre se saludaron Julián y él, Eran dos seres humanos y las riquezas allí estaban de más. Nona había preparado el terreno y había referido a sus futuros suegros con palabras crudas y reales, la purísima verdad. Claro, no ocultó su mala fe para obligar a Gaby. Pero habiendo el cariño que había por medio, el engaño pasaría o tendría que pasar a segundo término.

Por eso, cuando llegó Nona con su padre, Julián y Pilar lo saludaron como si lo conocieran de toda la vida y conversaron hasta que llegó Gaby.

Nada más sentir el llavín en la cerradura, Pilar asió a Nona por un brazo y le dijo: «Escóndete. De momento prefiero que vea solo a tu padre».

Y eso fue lo que vio Gaby. Pero para él era, simplemente, un señor desconocido. Es más, jamás se había preocupado de saber quién era el padre de su novia. Que era rica, le sobraba de saberlo, pero de quién era hija ni idea.

Por eso, cuando vio a aquel señor, después de dejar el maletín en el suelo, saludó con un:

—Hola.

Julián, nervioso aunque disimulándolo, le dijo:

—Mira, Gaby, este señor es el padre de... tu novia.

Gaby dio un salto.

Lo miró con fijeza.

Pedro no parecía inmutarse.

Era un señor mayor, de pelo blanco. No se casó joven y sin ser anciano, por supuesto que no cumpliría los sesenta, porque los tenía bien cumplidos.

—Hola, Gaby —saludó extendiendo la mano.

Gaby dudó.

Pero alargó la suya después de una vacilación.

—Hola...

—No tienes ni idea de por qué estoy aquí.

Gaby parpadeó.

—No, señor.

—Ni siquiera sabes muy bien quién soy.

—El padre de Nona.

—Y además me llamó Pedro Sanjulián.

—El de los barcos.

—Ni más ni menos.

—Vaya...

Y se quedó mohíno y cejijunto.

Pero Pedro Sanjulián se acercó a él campechano y le puso una mano en el hombro:

—Mira, muchacho. Te voy a hablar con sinceridad. La verdad es que yo no sirvo para florituras y tonterías. O digo las cosas como las siento o me las callo. Yo sé tu vida de pe a pa. No nos engañemos. Sé que eres ingeniero industrial, que trabajas como un bestia, que te ofrecieron mejor trabajo, pero para sentarte de ejecutivo en una oficina, y tú has dicho no. Como verás yo no soy ningún niño y me siento cansado. Con muchas ganas de dejar todo en poder de otro y ese otro no puede ser uno de los antiguos amiguitos de mi hija, que iban a ella por su dote y para asegurarse el porvenir. Yo no puedo aceptar tipos así que echarían a rodar todo lo que yo trabajé durante mi vida. Yo necesito un yerno de agallas, dispuesto a partirse el pecho en la labor. Si piensas que casándote con mi hija te hago un favor, pues te equivocas, pues el favor me lo haces tú a mí. No sé si me explico bien, pero creo que sí porque tú eres un tipo inteligente y estoy seguro que entiendes mi postura. No mires a tus padres. Ellos ya saben por

dónde andan las cosas y todo lo que ocurre. Y si piensas que no conocen a Nona, te equivocas. La conocen desde un principio.

Gaby se revolvió como una fiera.

Pero al ver la expresión aturdida de sus padres asintiendo, se dominó.

—O sea, que estoy atrapado.

—Pues sí, Gaby. Pero aún estás más de lo que tú supones. Vas a ser padre.

—¿Qué?

—Lo que estás oyendo.

—¡Cielo santo! Si Nona me dijo...

—Te dijo, te dijo —sonrió Pedro Sanjulián—, claro que te dijo. Todas las mujeres dicen, pero los hechos no siempre son iguales a lo que se piensa y se desea. De modo que tú dirás cuándo es la boda.

—Es que yo...

—Eso es, tú no querías casarte hasta tanto no pudieras mantener holgadamente a tu mujer. Te diré una cosa —y le apuntaba con el dedo enhiesto—. Vas a trabajar más de lo que has pensado jamás y se me antoja que en alguna ocasión hasta renegarás del trabajo que te enjaretó tu suegro. Te lo digo así para que después no me eches nada en cara. Pero yo te necesito, muchacho, y como, además, también te necesita Nona, yo estimo y así lo estiman tus padres, y Nona, que debe andar escondida por algún sitio de esta casa —Gaby miraba a todos ansioso— que lo mejor es una boda íntima y rápida. Os vais un mes o dos por ahí en vuestro bólido y después manos a la obra. Te aseguro —y pasó los dedos por la frente con ademán cansado— que tendrás más trabajo del que supones. ¿Qué dices?

No dijo nada.

¿Qué podía decir?

¿No estaba atrapado?

Claro, y además lo curioso es que le gustaba su suegro. Era igual que Nona, así de sencillo y natural.

Claro que Nona le había tendido una trampa, pero... ¿no era una trampa deliciosa?

—¿Dónde está Nona? —preguntó roncamente.

La joven apareció ante él con su carita deliciosa, su aspecto de niña y su mirada profunda de mujer.

¡Y qué mujer era Nona!

Él lo sabía.

Como sabía ella lo hombre que era él. Pero eso era asunto de ellos dos nada más.

Nona se pegó a su costado y le rodeó el cuerpo con los dos brazos y apoyó su cabeza en el pecho masculino.

—Gaby —susurró.

—Me has tendido una trampa.

Ella alzó su carita apasionada.

—¿Y no te gusta?

* * *

Los cinco, unos días después, se fueron a una ermita situada a unos cien kilómetros de la ciudad.

Nada de invitados. Nada de barullos. Nada de curiosos.

Se casaron ante un cura de pueblo que no preguntaba nada. Que llevaba el ritual con toda corrección, pero sin alarde de ningún tipo.

Cuando la ceremonia terminó Gaby tenía la mano de Nona perdida en sus dedos apretándolos más y más.

Julián, Pilar y Pedro se quedaban allí a comer y fue Pedro el que les dijo, una vez convertidos en marido y mujer:

—Podéis largaros. Julián, Pilar y yo nos quedamos aquí a comer y después nos vamos tranquilamente a casa. —Bajó la voz y añadió quedamente—: Gaby, te tengo que decir algo importante. Tu padre es joven, y en tu nueva labor vas a necesitar personas de confianza. De mucha confianza. La vida está mal, los negocios peor. Faltan fletes, los que hay son caros. Esto quiere decir que debes rodearte de un buen equipo y que si yo puedo descansar al fin, no sabes cuánto te lo agradezco. De modo que yo en tu lugar lo primero que haría sería meter a tu padre de gerente en el negocio. Los dos buenos, dieron sus dividendos sin lucha, pero a la sazón

los dan, pero con una lucha excesiva que mis años ya no pueden aguantar.
¿Vas entendiendo?

—Sí, creo que sí.

—Pues ahora a disfrutar de vuestro viaje, pero ve pensando durante él, y mientras le haces el amor a tu mujer, en lo que se te viene encima. No creas que te regalo una esposa rica. Te pongo a tu disposición negocios que vas a tener que trabajar de firme y si quieres luchar, por Dios vivo que lo harás y tendrás que hacerlo. Pero yo te puedo asegurar que sin lucha no se consigue nada. ¿No querías tú acción? Pues ahí la tienes.

La aceptó. ¿Qué podía hacer?

Pero en aquel momento no podía pensar en nada relacionado con negocios.

Acababa de casarse y lo que él deseaba era irse en el bólido con su mujer.

Y se fue.

Claro.

Ya estaban allí, en un hotel de la ruta.

Uno de esos paradores nacionales que siempre hicieron un servicio estupendo a los viajeros.

El negocio, o los negocios de su suegro quedaban lejos.

Solo veía a Nona.

Una Nona suya. Enteramente suya.

Y la poseía.

Era delicioso estar con ella y sentirla desnuda en sus brazos, vibrante y apasionada.

—Me has pillado en la trampa —le decía entre beso y beso, posesión y posesión.

Ella reía.

Nerviosa.

Vehemente, voluptuosa.

—¿No te ha gustado?

La apretaba contra sí con ansiedad.

—Dime la verdad, Nona, la verdad como la dice tu padre, sin ambages.
¿Me has hecho trampa?

Se arrebujaaba contra él mimosa, femenina.

Se la había hecho, claro.

Pero... ¿y si al afirmarlo Gaby se ponía como se puso cuando lo del mechero?

—Nona, te estoy hablando.

Sí, era verdad, pero también, al mismo tiempo, la acariciaba y ella se sentía excitada, vibrante.

Cálida...

Amorosa.

¡Le quería tanto!

¡Lo deseaba tanto!

—Gaby...

—La verdad. Tenemos que aprender a afrontarla desde ahora...

—Te hice trampa —le susurró bajísimo.

—Cariño mío, embustera. ¿Cuántas veces me la has hecho?

—Todas. Nunca... nunca... tomé las píldoras.

Él reía.

En sus labios.

En su garganta, en su cara.

Y la poseía.

Otra vez.

Con deleite, con goce, con placer.

Excitado, apasionado, lleno al mismo tiempo de ternura.

—¿Te gusta papá? —preguntó ella algo aturdida.

—Me gustas tú y tu padre. Todos. Y los míos. Todo, hasta los negocios que tu padre pone en mis manos. Pero ahora, en este instante, solo me gustas tú y en ti pienso y a ti deseo...

La noche caía lenta, suave y cadenciosa.

¿El porvenir?

Pues era eso, una lucha.

Pero estaba Nona para endulzar y hacer más llevadera aquella lucha.

Su Nona querida. La niña rica que pensó que él se vendía.

Pero él solo amaba y amaba de verdad, para serle fiel, para tenerla solo a ella.

La noche era vibrante, apasionada, voluptuosa y ella aprendía más cosas, muchas más, en los brazos de Gaby...

F I N

OceanofPDF.com



MARÍA DEL SOCORRO TELLADO LÓPEZ (El Franco, Asturias, 1927 - Gijón, 2009). Mas conocida como Corín Tellado, fue una escritora española de más de 4000 novelas románticas entre 1946 y 2009.

Corín Tellado es La autora más famosa de la literatura popular española. Publicó unos 4000 títulos vendiendo más de 400 000 000 ejemplares de sus novelas, algunas de las cuales fueron traducidas a 27 idiomas y llevadas al cine, radio y televisión. Figura en el Libro Guinness de Réconds 1994 (edición española) como la autora más vendida en lengua castellana. Escribió casi exclusivamente novela rosa, pero también fotonovelas. En un principio trabajó en exclusiva para la Editorial Bruguera. Sus obras tuvieron un éxito especial en Latinoamérica, donde impulsaron la creación de la telenovela y el serial televisivo.

Al contrario que otras novelas europeas del género rosa, las novelas de Corín Tellado transcurren en la actualidad y no en escenarios exóticos o en otras épocas. De ahí su gran poder para identificarse con sus contemporáneas. Las últimas, sin embargo, utilizan personajes de alta posición social. La clave de todo es la temperatura sentimental: sus personajes suelen ser, aunque no siempre, gente que tiene el dinero en bruto, pero que valora con una ingenuidad nada neoliberal los sentimientos.

La propia autora afirma que su estilo se perfiló gracias a la censura de la España franquista, que expurgó sus novelas de forma inmisericorde; además, todas terminaban inevitablemente en boda: «Algunas novelas venían con tantos subrayados que apenas quedaba letra en negro. Me enseñaron a insinuar, a sugerir más que a mostrar». Hubo ocasiones en que la censura le llegó a rechazar cuatro novelas en un mes.

El fuerte de Corín Tellado, aparte de su gran facilidad para desarrollar argumentos interesantes, es el análisis de los sentimientos. La descripción en sus novelas es mínima y el estilo es directo. Al momento de su deceso su literatura había evolucionado con los tiempos, sabiendo reflejar la realidad social contemporánea.

OceanofPDF.com